



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

P

Estrategias científicas en la literatura argentina de fines del siglo XIX

Volúmen II

Autor:

Salto, Graciela Nélica

Tutor:

Gramuglio, María Teresa

1999

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Filosofía y Letras

Posgrado



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

TESIS 8-3-1 v-2

FACULTAD de FILOSOFIA y LETRAS	
Nº 36307	MESA
24 FEB 1999 DE	
Agr.	ENTRADAS

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
DOCTORADO EN LETRAS

TESIS

Estrategias científicas en la
literatura argentina de fines del siglo XIX

TOMO II

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
DIRECCION DE BIBLIOTECAS

GRACIELA NÉLIDA SALTO

DIRECTORA: MARÍA TERESA GRAMUGLIO

Anexos

Índice de anexos

ANEXO I

Reproducción de los informes médico-legales incluidos por Eduardo Wilde en <i>Tiempo perdido</i> en 1878	1
--	---

ANEXO II

<i>Un caso de hermafroditismo</i> publicado por Manuel T. Podestá en 1887	19
--	----

ANEXO III

<i>Reminiscencias</i> . Carta a Emilio R. Coni, publicada como prólogo a <i>Niños. Estudio médico social</i> , por Manuel T. Podestá en 1888	25
--	----

ANEXO IV

Recopilación de comentarios periodísticos publicados entre 1890 y 1892 sobre la obra de Manuel T. Podestá	31
---	----

ANEXO V

Recopilación de comentarios publicados entre 1894 y 1902 sobre la obra de Francisco A. Sicardi	65
--	----

ANEXO I

**REPRODUCCIÓN DE LOS INFORMES MÉDICO-LEGALES
INCLUIDOS POR EDUARDO WILDE
EN *TIEMPO PERDIDO* EN 1878**

XIX. INFORME MEDICOLEGAL RELATIVO A UNA AUTOPSIA

Los doctores en MEDICINA y CIRUGÍA que suscriben, médicos de sanidad del puerto central, en cumplimiento de la resolución que antecede, por la cual se les ordena practicar un reconocimiento en el cadáver de un individuo a quien se cree ahogado, que se hallaba ya sepultado en el cementerio del Norte de esta ciudad y que se suponía pertenecer al buque "Caol Van Doblén", se trasladaron el día de la fecha a dicho cementerio y previa exhumación del cadáver y verificación por parte del capitán y marineros de dicho buque, de la identidad del sujeto, pasaron a hacer el examen pericial y han visto y comprobado lo siguiente:

1° El cadáver que los peones del cementerio dijeron ser el del sujeto que con la clasificación de ahogado fue remitido de la policía, estaba encerrado en un cajón ordinario, pintado de negro por fuera, que se deshizo al sacarlo y subirlo al sitio en el cual decidimos practicar el reconocimiento, que fue cerca de la fosa, a causa del olor que despedía el cadáver en putrefacción.

2° Este cadáver era el de un hombre de regular estatura, grueso, vestido con una blusa color azul como las que usan los marineros, pantalones oscuros y calzoncillos de franela, metidos dentro de unas botas gruesas de baqueta y sujeto en la cintura por una correa de suela negra con hebilla, que tenía hacia la parte izquierda una vaina de cuchillo, también de suela negra, como de quince centímetros de largo, semejante a las que suele usar la gente de mar.

Todos estos atavíos estaban sujetos al cuerpo por medio de una cuerda de cáñamo, del diámetro de más de un centímetro.

El cuerpo estaba colocado de espalda, con las manos sobre el bajo vientre, sujetas por la cuerda y los miembros inferiores en extensión. Cortada la cuerda y al quitar la ropa, cayó de la parte izquierda de la blusa, que estaba metida dentro del pantalón, un pañuelo mojado que extendido, se vio era de algodón, teñido de rojo, con figuras y flores blancas, que los marineros dijeron pertenecer también al finado.

El cadáver parecía ser de un hombre de treinta y ocho años más o menos; el pelo era lacio, corto, rubio, ordinario, oscuro, rapado en la región occipital; la frente era blanca, ancha y espaciosa; los ojos se habían saltado y estaban reventados, de modo que no se pudo ver el color de ellos; la nariz era corta y con una pequeña desgarradura en la punta; la boca era ancha, los labios gruesos, hinchados y se mostraba entre ellos la lengua saliente en la cantidad de cerca de cinco centímetros, hinchada y grande y comprimida entre los arcos dentarios, que podía verse por hallarse los labios dados vuelta y separados; el mentón era corto, sin barba, lo mismo que las mejillas y labio superior; la cara estaba redonda, hinchada, amoratada y llena de manchas cadavéricas; el cuello era corto grueso y no presentaba mas señales que las que había. dejado el cuello ajustado de la camiseta y la cuerda mencionada de la que una vuelta lo rodeaba en parte; el tórax y miembros

superiores, vientre y miembros inferiores, se hallaban hinchados, con manchas amoratadas, de equimosis cadavéricas superficiales, como se comprobó después al hacer la disección; la epidermis estaba desprendida en varios puntos y era fácil desprenderla en todas partes; había además algunas ampollas llenas de serosidad sanguinolenta, igual a la que se encuentra en los cadáveres en que ha comenzado la putrefacción. No tenía en el cuerpo otra mancha ni señal alguna particular; las bolsas y miembro viril estaban muy hinchados y el cuerpo ofrecía un aspecto semejante al de los cadáveres que tienen de tres a cuatro días de putrefacción, fuera de contacto del aire. Faltaba en las manos la epidermis y cuando se le sacó las botas, se vio que se había desprendido esta primera parte del tegumento en la pierna; en los pies, con la fuerza que se hizo al sacar las botas, se halló el cutis, tanto de la parte dorsal como plantar, pendiente de la cara inferior de los metatarsos; esta piel estaba rugosa, en forma de ondulaciones como efectivamente acontece con la de los cadáveres que permanecen algún tiempo en el agua. La constitución que debió haber tenido el individuo era fuerte; él era robusto y musculoso; su temperamento debió ser sanguíneo.

4° De esta exacta relación del hábito exterior y circunstancias particulares del cadáver, en vista de los datos que se nos había suministrado, de que el individuo se había ahogado voluntariamente, al parecer, o por accidente, según declaración y a falta de contrarias sospechas fundadas, de cuya requisición se nos encargaba, pudimos ya deducir y dedujimos, en vista de lo relatado: 1° que era indudable que este cadáver ver había permanecido en el agua durante tres días a lo más y uno a lo menos, lo que estaba demostrado claramente por el estado de maceración en que habíamos encontrado sus tegumentos, en particular los de las extremidades; porque si bien cabía alguna duda de que el desprendimiento de la epidermis del cuerpo fuera un simple fenómeno de putrefacción, no era admisible esta duda, ni podía explicarse de este modo el estado de las extremidades que claramente revelaban la maceración; 2° que como jamás hemos visto individuo que habiendo perecido de asfixia por sumersión, tenga los ojos saltados, la boca abierta y la lengua afuera, cuando el instinto, en los supremos momentos que preceden a la muerte, se revela activo y protector de cuanto puede oponerse a ella y atendiendo también a que no obstante estar el vientre y tórax aumentados de volumen, no era éste tan considerable como el que generalmente tienen los asfixiados por inmersión o sumersión, dedujimos temporariamente que el individuo no había muerto ahogado y, en consecuencia, resolvimos llevar más adelante nuestra investigación.

5° Descubierta el cráneo, lo que se hizo fácilmente a causa de la infiltración de los tegumentos y desprendimientos del pericráneo, pudo examinarse los huesos que presentaron un aspecto blanco, limpio, sin equimosis, manchas, depresiones normales, ni fracturas; una corta cantidad de líquido se escapó de entre los tegumentos y huesos, al cortar los primeros, líquido semejante al que los infiltraba, seroso, transparente y de color pajizo.

La disección de los tejidos que cubren los huesos de tal cara, hizo ver que éstos se hallaban igualmente intactos y sólo el examen de los arcos dentarios, hecho exteriormente, hizo notar la falta de dos muelas en la mandíbula inferior y lado izquierdo, falta de que habían hablado ya el

capitán y los marineros, con motivo de hacer pocos días que el individuo se había hecho sacar una de ellas.

El procedimiento que se siguió para hacer estos exámenes consistió en un corte circular que abrazara las eminencias frontales y la protuberancia occipital, para descubrir el cráneo y desprender la calota; otro corte vertical por la línea media de la cara, desde el borde de la primera sección circular, hasta el borde libre del labio superior y otro que partiendo de las comisuras de los labios y costearo las ramas de la mandíbula inferior, llegaba hasta su articulación temporal; todo lo cual permitió disecar los colgajos y descubrir todos los huesos de la cara.

Examinada la cavidad bucal, notóse que la lengua hinchada llenaba casi en totalidad.

6° Abierto el cráneo encontramos en su estado normal la calota, por su cara interna; la duramadre tenía un color ceniciento y estaba algo reblandecida; la aracnoides y piamadre estaban congestionadas y también reblandecidas; el cerebro formaba una masa blanda al extremo de presentarse como una papilla, que se derramó sobre la angarilla en que haríamos la autopsia, una vez cortados los envoltorios. Tenía esta papilla un color ceniciento, no presentaba pedazos de masa cerebral que fueran de treinta milímetros de tamaño a lo menos, como para ser examinados. Un poco de esta papilla, al derramarse, ofreció un color más oscuro, como de pequeños coágulos sanguíneos diseminados y como si hubieran sufrido un proceso cadavérico de seis días a lo menos.

Hemos traducido esta parte del examen por su significación más genuina, incuestionable y conforme a la experiencia, la cual enseña que los reblandecimientos y liquefacciones que se anticipan a su tiempo normal, dependen de congestiones o derrames cerebrales, o son comunes en tales casos, a menos que en vida se haya comprobado síntomas de reblandecimientos o derrames o liquefacciones, por lo que antes de proseguir nuestro examen y consideraciones, resolvimos preguntar si dicho sujeto padecía de morosidades o torpeza intelectual y habiéndonos contestado negativamente, continuamos nuestro examen, abriendo la cavidad torácica en la forma común.

Notamos en el tórax que el diafragma había sufrido mucho a causa del desarrollo de gases en los intestinos; que los pulmones se hallaban reducidos a un pequeño volumen y escondidos en la parte posterior de la cavidad. El pericardio contenía la cantidad de líquido normal y extraído el corazón, después de ligados los vasos, no se encontró en el examen exterior nada de anormal; cortadas las paredes de los ventrículos y aurículas, hallóse estas cavidades vacías, si se exceptúa y uno que otro pequeño coágulo sanguíneo entre las columnas de los ventrículos y junto a las válvulas auriculoventriculares, aórtica y pulmonares.

Los pulmones extraídos presentaron un color rojo oscuro en su interior; el color de su parénquima era café ceniciento en partes y en otras lívido; nadaban en el agua y su sección mostraba idéntica coloración interna debida a una estasis de sangre y a sus procesos cadavéricos que se hacían visibles en las superficies de sección; no había agua ni espuma, ni sangre en los bronquios; la mucosidad común los tapizaba.

Abierto el abdomen, los intestinos llenos de gas se proyectaron por la abertura, lo mismo que una corta cantidad de gas existente en la cavidad peritoneal. El estómago fue examinado, hallándosele lleno completamente de sustancias alimenticias compuestas al parecer de papas, carne, tocino, etc. Y mezcladas a una gran cantidad de vino, cuyo olor fue percibido por todos los asistentes; el color de estas sustancias era de borra de vino; la consistencia del bolo recordaba la de los alimentos mal masticados que comienzan a sufrir la quimificación.

Acompañamos parte de esta sustancia, debidamente acondicionada, lacrada y sellada, para que sea analizada si se juzga ello necesario.

El estómago no ofrecía más que una ligera inyección en su superficie interna. Los demás órganos no presentaban particularidad alguna.

Creemos conveniente advertir que ni en el estómago ni en los intestinos se hallaba cantidad apreciable de agua. No hacemos mención del resto de los órganos por no haber encontrado en ellos nada anormal, dadas las condiciones del cadáver.

De todo lo cual concluimos:

1° Que el individuo no ha muerto ahogado, aun cuando es cierto que ha permanecido en el agua durante algún tiempo.

2° Que cuando este sujeto murió, hacía poco que había comido, pudiendo los excesos en la comida y bebida ser causa de su muerte y de la caída de su cuerpo al agua.

3° Que la naturaleza de las lesiones que se han encontrado, se acomoda perfectamente con la suposición de que la muerte haya sido determinada por una congestión violenta, originada en los excesos hechos por el individuo y favorecida por su constitución apoplética.

4° Que el estado de los labios y la lengua puede explicarse como efecto de la congestión y comienzo de putrefacción, obrando estas causas separadamente; que el de los ojos y de la nariz puede explicarse por golpes contra las toscas de la costa producidos por las olas que arrojaron el cadáver, salvo mejor interpretación.

Es cuanto tenemos que informar.

Buenos Aires, marzo 30 de 1870.

PEDRO MALLO – EDUARDO WILDE

XX. INFORME MEDICOLEGAL SOBRE EL ESTADO MENTAL DE UN INDIVIDUO

EN CUMPLIMIENTO DE LO DISPUESTO por el señor juez de 1º instancia en lo civil..., los infrascriptos, doctores en medicina y cirugía, previa aceptación en forma del nombramiento con que los honrara el señor juez para reconocer al individuo llamado N.N. e informar sobre su estado mental, nos presentamos por tres veces en la casa-habitación de dicho N.N., sita en la calle... bajo los números... con el fin de proceder al examen que se nos encomendaba, habiendo encontrado en nuestras repetidas visitas las puertas y ventanas cerradas, sin conseguir de N.N. más que el que nos hablara por la ventana entreabierta.

Sabedores por referencia del actuario y dependientes de la escribanía, en el acto de la notificación, de la costumbre que tenía el mencionado N.N. de no querer abrir sus puertas, le instamos repetidas veces para que nos dejara penetrar en su habitación, en lo que no consintió, con frívolos pretextos.

Agotados sin éxito los arbitrios para que consintiera en conversar con nosotros en su cuarto, aceptamos por dos veces su compromiso de concurrir a sitio aparente, para tener con él una entrevista amistosa, sobre asuntos de comercio. N.N. no concurrió a la cita, como lo temíamos, lo que nos hizo resolver a dirigirnos al señor juez, solicitando orden de allanamiento de domicilio. El señor juez proveyó como lo solicitábamos y el día 14 del presente, acompañados del señor N. comisario de sección de policía, pasamos a casa de N.N. y después de haber tratado por todos los medios pacíficos de conseguir que nos diera acceso a su cuarto, hicimos uso de la intimidación, que fue tan infructuosa como los otros medios empleados.

En vista de esto, el señor comisario le intimó abriera en nombre de la justicia, sin conseguir este propósito, por lo cual ordenó fuera violentada la puerta, como lo fue en el acto.

La habitación de N.N. es un cuarto con ventana y puerta a la calle, que comunica además con un pequeño patio, en el cual se encuentra una puerta que da a la calle y que se halla condenada. Enfrente de esta puerta y en el otro extremo del patio, hay una escalera destruida que conduce al tejado y a un altillo. Existen además en él, restos de diversos muebles y aparatos de madera; un pedazo de techo cubre la parte del patio más próxima a la puerta de calle condenada, convirtiendo este sitio en una especie de galpón donde se ve, a más de utensilios y muebles destruidos, vestigios de fuego que puede haber servido para cocinar.

El aspecto interior del cuarto es verdaderamente nauseabundo; el techo y muros están semidestruídos y sucios; el suelo está cubierto de objetos en ruina; hay bancos, armarios rotos, mesas de tres pies, tablas colgadas, sillas sin pies unas, sin asiento otras, hacinadas en un rincón, instrumentos de varios oficios, rotos o completos, pero descuidados, y sobre

una mesa que se pierde bajo los objetos que la cubren, figura una falange de damajuanas y botellas, algunas de las cuales han servido de candelero.

La cama del habitante de ese cuarto es un catre de lona con colchón, sábanas, frazadas y almohada, en el estado mayor de suciedad, descuido y falta de orden. En fin todo en esta vivienda muestra el absoluto abandono de su habitante.

Cuando penetramos en compañía del comisario, vigilantes y algunos curiosos, N.N. que hacía un momento hablaba por la ventana con nosotros o gritaba, llamándonos asesinos, al oír los golpes que se daba para hacer saltar la puerta que él trancó lo mejor que pudo, había desaparecido del cuarto y subíase al techo, por la escalera de que hemos hablado.

El vigilante no tardó en encontrarlo y bajarlo, a pesar de la ligera resistencia que hizo, mostrando un revólver, un cuchillo y una navaja grande.

N.N., una vez en su cuarto, no mostró cólera, furia ni enojo, ni más agitación que la que pudo producirle la excursión que acababa de hacer; contestó en parte racionalmente a las preguntas que le hicimos, manifestando a cada rato el temor de ser asesinado y disculpándose de no haber abierto la puerta, por el estado vergonzoso de su habitación, según dijo; habló de sus negocios embrolladamente, manifestándose rico y añadió que si vivía de ese modo, era porque lo perseguían para quitarle sus bienes y porque cuando salía a la calle, oía que le llamaban loco.

Terminada esta ligera conversación y en vista de la necesidad que teníamos de examinar detenidamente al mencionado N.N., el señor comisario tuvo a bien llevarlo a la policía donde podíamos verlo con entera calma.

Allí pues, en nuevas entrevistas en San Buenaventura, a donde fue luego conducido por orden de otro juez, hemos conferenciado extensamente con el individuo, sujetándolo a un examen prolijo y tratando de encontrar la verdad de su estado, por los medios que la ciencia aconseja y por los que nos han sugerido nuestros conocimientos. Cuanto hemos observado y deducido será consignado en este informe, atendiendo más a la unidad y orden de las apreciaciones, que a la cronología de los sucesos.

N.N. es vasco francés, habla regularmente castellano y ha vivido muchos años en el país; es de buena constitución, su color es blanco pajizo, como el de las personas que viven fuera de la influencia solar, su temperamento es nerviosobilioso, su edad, cincuenta y dos años, según dice a veces y según representa; es de regular talla, más bien bajo, pero musculoso y de sólido esqueleto; su fisonomía es simpática, dulce, pálida, envejecida prematuramente, llena de surcos que muestran padecimientos reales de otra época; parece estar algo demacrado y haber perdido el hábito del trabajo, que da siempre un sello especial al conjunto de la persona; su pelo es castaño oscuro, fino y largo, su frente ancha y despejada, sus ojos castaños, vivos y de mirada suave, habitualmente, aunque inquieta; la nariz es regular, la boca extendida y de labios finos que sonríen con frecuencia con aire melancólico y medroso; tiene poca barba diseminada; sus modales son sueltos como los de los artesanos; no habla sin acompañar su palabra con algún gesto, acción o suspiro, después del cual toma una actitud de reposo y busca o parece buscar, en la cara de los que le escuchan, la

aprobación de sus palabras; investiga con su mirada y parece que conoce que le están examinando. Sus funciones orgánicas se ejecutan bastante bien con algunas excepciones; come y digiere bien, duerme poco, muy poco o nada, delira y muestra en su aspecto y su vestido, sucio y desaliñado, la completa preocupación de su mente, absorbida por una serie de ideas ajenas al comercio común y habitual de los hombres.

Vivía en su casa encerrado y ocioso, saliendo sólo para procurarse alimento en la noche y tratando de evitar encuentros.

Cuando se golpeaba su puerta, se asomaba siempre a la ventana vistiéndose, como quien se levanta de dormir, aun cuando, como sucedía muchas veces, no estuviera acostado.

Los antecedentes que hemos podido recoger de él y de las personas que lo conocen, son limitados. Según se dice, N.N. era un carpintero honrado, laborioso y hábil en su oficio; tanto que pudo reunir una mediana fortuna, con la que edificó una casa. Solía, sin embargo, embriagarse, o a lo menos beber inmoderadamente y estos excesos le trajeron ataques de delirio trémulo; había sido asistido la primera vez que se enfermó, según él lo afirma, por el malogrado doctor Gallardo y otra por los doctores Pineda y Quinche, quienes, posteriormente, dieron un informe sobre el estado mental del individuo.

Entre uno y otro ataque N.N. ha atendido sus negocios, ha celebrado contratos y ha vivido, al parecer, como viven los sanos de cuerpo y de razón. A pesar de esto, N.N. ha tenido, en épocas distintas, entradas en San Buenaventura y, según se nos ha dicho, es esta la tercera vez que su nombre figura en los libros de aquel manicomio, lo que da indicios de que el estado de su mente ha sido por lo menos dudoso.

Decir que un individuo es loco es la cosa más fácil del mundo; probarlo, es sumamente difícil; por eso V.S. no debe extrañar el tiempo que nos hemos tomado para informar acerca del estado mental del individuo en cuestión.

N.N. vivía como nadie; vivía encerrado en un cuarto inmundo y del cual no salía sino cuando necesidades apremiantes se lo exigían, a pesar de que sus negocios e intereses reclamaban seriamente su atención. El hombre antes tan trabajador, tan laborioso, habíase convertido en un ser incapaz y abandonado.

Este modo de vivir era cuando menos extravagante, si no se quiere que sea la manifestación clara de un estado insano, y N.N., que daba como razón de su género de vida, cuando se le hostigaba con preguntas, el que lo insultaban en la calle, le llamaban loco y querían asesinarlo cuando salía, yendo, con su modo de vivir, tan en contra de sus intereses hacía indudablemente un acto que no tienen costumbre de hacer los hombres tenidos por cuerdos.

En efecto, un cuerdo no hace un acto inexplicable por los datos generales, sino cuando media una pasión o un interés pecuniario, y no está, por cierto, en los intereses pecuniarios de N.N. el esquivar todos sus compromisos, haciendo un abandono tan completo de todo cuanto le atañe, ni puede tampoco ser mirada su conducta como el resultado de una pasión aislada, pues por poco que se penetre en la distinción entre pasiones y actos

locos, llega uno a convencerse de que si pasión vivir así, es una pasión que no acostumbran tener cerebros sanos.

El sueño es una necesidad de la vida animal para establecerse la intermitencia de funciones orgánicas, intermitencia necesaria en todos los actos verificables, tanto en el orden moral como en el material. El sueño es indispensable para el hombre y cuando él falta, el sujeto sano se enferma; cuando de la no existencia del sueño no resulta una enfermedad, es porque de antemano el órgano con que se duerme no se halla en estado normal.

Esto puede ser mirado casi como axioma y es muy semejante a lo que se observa en otras funciones. Un hombre sano se muere si no come en dos, en seis, en diez días; un enfermo de fiebre tifoidea deja de comer un mes y no se muere.

N.N. no duerme y sin embargo vive, luego está enfermo; tal es la conclusión legítima que de esto puede sacarse.

Él pasa sus días en vigilia, como los vecinos y él mismo lo afirman y como se deja conocer fácilmente por el aspecto que presenta cada vez que se le ve; durante la noche no duerme tampoco, ni deja dormir a sus vecinos, pues se lo pasa golpeando hierros, dando gritos y revolviendo sus muebles, archirrevueltos ya.

Interrogado acerca de su bullicioso modo de pasar la noche, contesta que da esos golpes y esos gritos para ahuyentar a sus asesinos y a los de su familia que fue asesinada por los mismos en el hotel de la Buena Sopa.

N.N. tiene, pues, alucinaciones, falsas percepciones, delirios en una palabra, que lo atormentan, siendo de notarse que en todo mira agresiones y que no medita sino en los medios de ponerse a cubierto de esas agresiones.

Cuando hemos ido a él pacíficamente, nos ha tomado por asesinos y nos ha prometido todo cuanto pedíamos, con tal de librarse, por el momento, de nuestra presencia; cuando hemos decidido entrar a su cuarto, ha hecho primero resistencia, poniendo pasadores a su puerta, dando gritos y huyendo por último; cuando le hemos hecho sufrir en San Buenaventura un examen oftalmoscópico, para ratificar nuestro ya adelantado diagnóstico, ha creído también que tratábamos de asesinarlo, pero después de haber protestado contra semejante injusticia, él mismo ha entregado su cabeza para recibir en los ojos la solución de atropina con la mansedumbre de un cordero que entrega el cuello para ser degollado. No pedía otra cosa sino que le diéramos algo para dormir; mientras se consumaba el sacrificio.

Hay un carácter tan distinto entre los que se simulan locos y los que lo son en realidad, que es difícil no percibirlo por menos costumbre que se tenga de examinar enajenados.

Este carácter distinto es el siguiente:

Un loco real guarda cierta lógica en sus actos, aunque ella no sea sostenida.

Un falso loco cree que los locos deben decirlo todo y hacerlo todo, sin ilación y de un modo contrario siempre a lo que ejecutan los cuerdos y, procediendo así, descubren con esa misma lógica especial, la lógica que quieren ocultar.

En las entrevistas que hemos tenido con N.N. hemos conseguido fijar su atención y conversar cuerdamente, con tal de no dejarlo explayarse

en la contestación; pero cuando otra nueva pregunta no lo mantenía en el recto camino, el hombre tomaba rumbo por su cuenta e iba infaliblemente a parar en el hotel de la Buena Sopa, donde asesinaron a su familia. Otras veces, cuando nuestras preguntas versaban sobre sus intereses, su imaginación seguía otra senda y nos contaba sus herencias, sus consignaciones, sus casas, sus trabajos y los negocios de una sombrerería, que era o es de él, siendo todo de él, hasta sus deudas y sus hipotecas.

Había pues en sus contestaciones la lógica bastante y nada más que la suficiente para denunciar un cerebro enfermo.

N.N. no es casado ni lo ha sido nunca; no tiene, según parece, afición a los placeres genésicos, como les sucede a los que abusan de licores; habla de mujeres, pero sin ánimo y sin brío y corta luego la conversación para referir algo de sus negocios, que deben resolverse cuando los arreglen los encargados de ello, o bien termina con un relato de cómo fue asesinada su familia en el hotel de la Buena Sopa.

El cuidado de este sujeto en evitar el curso de las conversaciones sobre mujeres, el amor a la soledad y cierto aspecto de su fisonomía pueden ser indicios de una afición a los placeres solitarios de Onán, sin que nosotros afirmemos su existencia por falta de una observación constante e inmediata.

Tanto en la policía como en San Buenaventura, N.N. se daba cuenta de lo que le pasaba y mostraba tolerarlo con resignación, sin que estos sucesos parecieran molestarle como deberían hacerlo. Acepta los beneficios que se le propone, pero no se afana mucho porque las cosas vayan de otro modo. Hay pues en él cierta indolencia moral, cierta pereza intelectual que no tendría estando sano un artesano rico como es él.

Una serie de pesares profundos puede producir esa indolencia, en cierta clase de gente, cuya educación fuera exquisita, pero ni las costumbres, ni la instrucción, ni la atmósfera social en donde ha vivido N.N. han podido engendrar en él ese lujo de sentimientos, a tal grado que pudiera imperar sobre sus facultades reflexivas.

Por el detenido examen que hemos hecho del individuo, hemos llegado a comprender que sus facultades perceptivas están pervertidas sin estarlo de una manera continua ni completa. En pos de una falsa percepción, hay otra real y legítima; oye y ve bien lo que existe y además lo que no existe y sus oídos y sus ojos funcionarían perfectamente, si no condujeran a N.N. a oír sonidos que no hay y ver cuerpos que no están.

Estos datos falsos o ilusiones engendran a su vez falsas apreciaciones y alucinaciones y por eso encontramos en él alteradas las facultades reflexivas, entre las que figura con mayor alteración la facultad reflexiva llamada causalidad.

En efecto, no hay para ese sujeto más causa productora de fenómenos que los asesinatos y los asesinados, ni existe hecho alguno que no tenga, buscándola como conviene, alguna relación con el asesinato de su familia en el hotel de la Buena Sopa.

El estado de su memoria es difícil de apreciar; si nos fuera permitido, diríamos que tiene una memoria intermitente y de intensidad

variada; recuerda hechos próximos bien y otros de la misma época mal; lo mismo le sucede con hechos o percepciones lejanas, falsas o verdaderas; en fin, su memoria va como su atención y responde a ella; es insegura, difícil y caprichosa, pues N.N. recuerda cosas que no han pasado más que en su imaginación y las repite hasta el cansancio, como prueba de que las recuerda.

En una palabra, este sujeto atiende, percibe, recuerda, compara, raciocina e imagina de un modo insólito, anormal y que no está de acuerdo con las leyes de un organismo sano.

Sus instintos se hallan a diferente altura de perversión; unos están bien, como el de comer, otros exagerados, como el de beber y el de la propia conservación, otros deprimidos, como el instinto genésico y el cuidado de sí mismo.

Expresa sus ideas por la palabra y por la acción. La palabra es a veces balbuciente y difícil, la lengua tiembla y se entorpece; otras veces no podría conocerse si estas dificultades de expresión dependen de la inseguridad de las ideas o de defectos de los órganos. El tono suele no estar de acuerdo con la idea emitida y con frecuencia ese tono y las miradas y suspiros de que acompaña sus narraciones dan al sujeto una actitud suplicante y simpática. Alguna vez su palabra es cortada y rápida; diríase que habla por entregas.

Sus modales son sueltos, a veces bruscos y repentinos; nos ha parecido que esa soltura era forzada o, cuando menos, dirigida por otra causa que la que produce la plena seguridad del auditorio; sus modales son, podemos decirlo, exageradamente confiados para pertenecer a un hombre que recibe visitas extrañas de gente que no ha visto nunca y que le interroga sobre asuntos raros.

N.N. no se admira de nada; jamás se le ocurrió preguntarnos quiénes éramos con qué derecho lo interrogábamos y examinábamos; él parecía reconocer este derecho y cuando le dijimos que éramos médicos, nos contestó que él no estaba enfermo, pero con tan poca animación que nos dio la idea de que con igual mansedumbre habría sufrido nuestro examen, aun cuando le hubiéramos dicho que éramos carpinteros.

Después de esta exposición. creemos llegado el momento de establecer lo que ha pasado en este individuo.

N.N. era antes trabajador y ordenado; el abuso de las bebidas le produjo un delirio alcohólico agudo, del cual mejoró, pudiendo haber quedado perfectamente sano; pero la continuación de ese abuso y la predisposición que deja un ataque de delirio trémulo para nuevos ataques (lesión del cerebro o sus cubiertas), trajeron algún tiempo después otro acceso; en este mismo orden creemos que se repitió el fenómeno, dando este proceso por resultado el estado actual del individuo, es decir, un estado de delirio crónico. como queda después de más o menos tiempo de excesos. según las disposiciones individuales, en todos aquellos que abusan de las bebidas fermentadas, en especial del aguardiente y del ajenjo.

El examen oftalmoscópico a que hemos sujetado al individuo muestra una hiperemia notable de los vasos del fondo del ojo, lo cual está de acuerdo con lo que establece la cerebroscofia para estos casos.

De todo lo expuesto deducimos:

1° Que el individuo N.N. está loco. tomando esta palabra en su sentido general y genuino; es decir, que el mencionado N.N. se halla en aquel estado en que el hombre no tiene el poder de dirigir, por medio de sus facultades intelectuales, reflexivas y auxiliares, la realización de sus impulsos interiores con arreglo a las leyes del organismo humano. (Mata.)

2° Que la clase de locura que padece es un subdelirio crónico, producido por el abuso de las bebidas alcohólicas que afecta una de las formas de la manía melancólica.

3° Que esta manía puede ser la manifestación de una parálisis general incipiente o locura paralítica, de la cual es imposible distinguirla en actualidad.

4° Que la determinación de la época de que data este estado no puede hacerse con precisión, por no poseer los infrascriptos bastantes y seguros antecedentes acerca del tiempo en que N.N. cambió de una manera radical su género de vida.

5° Que la afección mental de N.N. es innegable, aun cuando puede tener sus estadios o sus mejoras pasajeras.

6° Que esta afección permite al paciente vivir del modo que mejor le acomode, sin perjuicio para la sociedad, mientras la enfermedad no haga mayores progresos.

Es cuanto tenemos que informar.

Buenos Aires, octubre 30 de 1871.

PEDRO MALLO – EDUARDO WILDE.

XXI. INFORME MEDICOLEGAL SOBRE EL ESTADO MENTAL DE UNA SEÑORA

Buenos Aires, Febrero 8 de 1872

SEÑOR JUEZ:

Los infrascriptos, doctores en medicina y cirugía, en virtud del encargo conferido por V. S. para reconocer a la señora N. e informar sobre su estado mental, previa aceptación del cargo, nos constituimos tantas veces cuantas creímos necesarias en el manicomio de mujeres, donde dicha señora se hallaba detenida y donde hemos procedido al examen pericial que se nos encomendara, según vamos a exponer.

La señora N. es una mujer como de cuarenta y cinco años, de temperamento nervioso y constitución deteriorada; es hija del país, casada y sin hijos. Hasta cierta altura de su vida y gozado de algunas comodidades, que después perdió a causa de desgracias sobrevenidas en su familia, reduciéndose a una escasa medianía. Hace algunos años que se casó con un artesano extranjero, con quien no ha sido feliz, ni aun en los primeros tiempos de su matrimonio, y hace algo más de un año que se halla en la Convalecencia, donde antes de esta época había tenido otra entrada.

Los antecedentes de la enfermedad que ha determinado su traslación al manicomio en que hoy se halla pueden ser referidos en pocas palabras.

Esta señora comenzó a sufrir moral y materialmente en su matrimonio. Su esposo, artesano de costumbres diversas a las de ella, le daba, según dicen, mal trato; mantenía relaciones con otras mujeres, sabiéndolo su esposa; hubo, según se refiere, a consecuencia de esto, fuertes escenas que impresionaron vivamente a esta señora, concluyendo por declararse en ella una manía que hizo necesario su encierro.

Ella misma refiere con exactitud estos detalles, citando fechas aproximadas y contando minuciosamente los disgustos ha pasado a causa de una mujer vinculada, según dice ilegítimamente con su esposo y a causa de las exigencias de éste para que trabajara, conchabándose y ayudándole a ganar dinero o ganándolo ella sola para cedérselo a él. Los relatos de esta señora tienen un tinte tan manifiesto de verdad, que por sí solos podían ser tomados como la historia exacta de su vida y nosotros, que pudimos considerarlos así, hemos reforzado nuestra convicción con los informes recogidos en otra fuente, que concuerdan perfectamente con los datos que suministra la señora N.

Algunos meses antes de su entrada en la Convalecencia, esta señora comenzó a sufrir alucinaciones que le procuraban una vida mártir. Se imaginaba que una mujer quería matarla y dice que la misma mujer, que es aquella cuyas relaciones ilegítimas refiere, la atropelló una vez cuchillo en mano.

Nosotros no hemos podido descubrir la verdad acerca de este dato. Es muy posible que una violenta impresión, un susto por ejemplo, sea

origen de un desarreglo intelectual en personas predispuestas y si realmente hubo una mujer que alguna vez asustó a esta señora, la época de aquel incidente se confundiría, probablemente, con la época en que la señora N. comenzó a manifestar ideas extravagantes.

El hecho es que la manifestación de estas ideas y un cambio radical en las costumbres de esta señora, hicieron pensar a sus allegadas que estaba loca y las determinó a llevarla al manicomio, de donde salió al poco tiempo para volver bien pronto, después de este ensayo que se hizo para reconocer su estado mental.

Actualmente manifiesta estar poseída de dos ideas.

Afirma que está rodeada de asesinos que quieren atentar contra su vida.

Sostiene que es reina de España y reclama su reino.

Si se probara que estas dos proposiciones encierran una convicción sincera de esta señora, quedaría probado que estaba loca.

Si ella no cree lo que dice y hay algún móvil que la impulse a repetir siempre la misma proposición, habría que buscar la legitimidad de este móvil y su acomodo con determinados fines.

Si el móvil era explicable y racional, el acto de sostener una proposición falsa no pasaría de un ardid que cualquier cerebro sano puede emplear, para conseguir tales o cuales propósitos.

Si el móvil era fútil o extravagante, aun cuando hubiera acomodo entre el procedimiento y el fin, el acto de sostener una falsedad debería atribuirse a un cerebro enfermo.

En una palabra, lo que tuvimos que averiguar era si la señora N. *fingía* estar poseída de falsas ideas o *estaba realmente convencida* de que se trataba de asesinarla y de que era reina de España.

Aquí las dos ideas tienen un origen manifiesto.

Alguna vez esta señora fue maltratada y amenazada, durante su vida matrimonial, y esto ha dado origen al tema sobre asesinato.

Por otra parte, revolviendo papeles, ella ha llegado encontrar que la familia tiene antecedentes de nobleza aquí hace derivar sus derechos a la corona de España.

Pero es fácil comprender que a pesar de la existencia de dos hechos reales, las consecuencias son forzadas y de ningún modo semejante a las que, de los mismos hechos y con buena lógica, sacaría un cerebro sano.

Luego, en esta deducción hay algo de anormal, de enfermizo, o de escondido e inexplicable, por lo menos.

Nuestra primera entrevista con la señora comenzó por los saludos de costumbre entre gentes que no se conocen y a quienes un objeto especial ha reunido. Ella habló largo rato con nosotros, como hablan las personas sanas; quizá se dejaba llevar de tiempo en tiempo por raptos de demasiada confianza, tales como contar episodios de su vida a dos personas desconocidas que la interrogaban sin derecho; pero como todas las mujeres en desgracia son imprudentes y no hay pobre que no cuente sus cuitas, esta demasiada confianza, que puede ser en muchos casos indicio de trastorno mental, podía no ser en éste más que un acto de mujer pobre y desgraciada.

Si a una persona que padece de una afección mental se la deja en libertad de hablar, más tarde o más temprano, por más esfuerzos de disimulo

que haga, se le va la mente del lado de su tema y, mezcladas con frases y palabras de buen juicio, salen otras que indican claramente el trastorno funcional. Es de advertir que en la generalidad de los casos, el se toma las dos partes del discurso, se nota en ellas, separadamente, cierta lógica, que es la verdadera incoherencia de los enajenados.

Muchas veces la transición de las ideas locas a las juiciosas, o viceversa, se hace insensiblemente; pero muchas más esta transición es tan repentina que parece borrado como de golpe todo cuanto se ha dicho, y la segunda parte, la loca o la juiciosa, representa un discurso aislado sobre determinado tema, una peroración desligada, que aparece sin oportunidad, continúa por necesidad del período y concluye cuando menos se espera y en cualquier parte de la oración.

Es frecuente oír presentar como razones de los sucesos cosas que no lo son y se nota en todo ello cierta armonía intelectual que corresponde, realmente, a un trastorno general en alguna categoría de ideas, que forma todo un sistema loco.

Las partes juiciosas suelen estar tan radicalmente separadas de las locas que, a juzgar sólo por ellas, los juicios serían fácilmente errados, pero aun en esto mismo existe cierta particularidad que queremos señalar.

Para conseguir de algunos locos un discurso entero y cuerdo, es necesario llevarlos por medio de preguntas encadenadas como por una rielera de buen sentido, pues mucho será que en dejándolos en libertad de hablar, concluyan su período sin entrar en el dominio de su manía. En estas circunstancias parece que la ocupación obligada de la inteligencia no le deja tiempo para delirar; entonces, la excitación provocada es mayor que la excitación orgánica y automática que produce el delirio.

La señora N., en las diversas veces que hemos estado con ella, nos ha contado las mismas historias. Refiere bien los sucesos de su vida, lo hace como si estuviera absorbida en la lectura de ellos o los repitiera maquinalmente y no se nota en su relato incoherencias ni anomalías dignas de recuerdo.

Es frecuente observar esto; el hábito de pensar sobre determinadas ideas produce un arreglo intelectual en el cual el cerebro funciona bien, como por repercusión diremos y no por un reciente esfuerzo para formar ideas y conceptos nuevos.

Así se explica cómo algunos hombres de ciencia, médicos o abogados que se han vuelto locos son juiciosos en asuntos de su profesión y cómo otros, llegados a una edad avanzada y padeciendo de manía senil (chochera), piensan bien en asuntos serios y desbarran en otros muy triviales.

El hábito de sujetar las ideas a un orden dado imprime un sello particular al cerebro que le permite funcionar parcialmente bien, aun en caso de locura.

La señora N. raciocina cuerdamente sobre ciertos asuntos y los relata como tienen costumbre de hacerlo muchas mujeres, pero a poco que las preguntas no la mantengan en el camino de la realidad, comienza a injerir en su discurso, trayéndolos lo mejor que puede, párrafos delirantes en que se queja de que le quieren usurpar su reino y de que hay asesinos constantemente en su persecución.

La parte delirante de sus meditaciones está ordenada con cierta lógica. Cuando su cerebro se halla funcionando en ese terreno ficticio, piensa que ha llegado a descubrir, por una casualidad, que es reina de España, que hay mucha gente interesada en que esto no se sepa, razón por la cual el señor O'Gorman, jefe de policía, se halla enterado del asunto. En cuanto al hecho de hallarse encerrada allí, depende primero de la necesidad que hay de conservar su augusta persona contra las asechanzas de sus enemigos; segundo, de intrigas que ponen en planta para quitarle su reino tanto la madre abadesa como el doctor Eguía, médico de aquel establecimiento. Pero, a pesar de la vigilancia, los asesinos coronan azoteas y hasta hay algunos que se bajan en altas horas de la noche y se acercan armados a su cama.

Si una vez que ha puesto punto a su relato, se le pregunta acerca de su familia, de sus intereses y de los sucesos reales de su vida, su cerebro entra de nuevo en la normal y contesta acertadamente a lo que se le habla.

Sin embargo, a través de esta cordura, se deja ver cierta indolencia por sus intereses reales, indolencia que se hace muy notable si se compara con el entusiasmo que manifiesta al hablar de sus intereses ficticios, la corona de España, por ejemplo.

El interés de los locos es muy particular, hemos visto a algunos preferir un título manuscrito a dinero, preferir el cobre a un billete de banco, preferir dos pesos por ser pares a cinco por ser impares. La señora N., que sabe que posee algunos bienes, los mira con el mayor descuido, ante un título imaginario, cuya renta ni siquiera menciona para nada y, en presencia de semejante hecho, necesario es confesar que, siendo un acto insólito mirar con descuido los únicos bienes que pueden procurar los alimentos necesarios a la vida, la señora N. no piensa sobre intereses como acostumbran pensar los sujetos tenidos por cuerdos.

Los datos que hemos recogido nos hacen saber que esta señora, de laboriosa y cuidadosa que era antes, se hizo inepta para toda clase de ocupaciones, invirtiendo su tiempo en llorar, en hablar y en caminar por diligencias extravagantes.

El cambio repentino y radical de costumbres en un sujeto, sin la presencia de grandes sucesos en su vida que lo expliquen, debe inducir en serias sospechas respecto al estado mental de la persona y muchas veces este solo síntoma lo pone al médico en el camino para descubrir trastornos que no tardan en manifestarse.

La señora N. sufría, según se dice, pero sus sufrimientos de muchos años constituían ya una verdadera normalidad de su vida; en esta secuela de accidentes sobrevino su cambio radical de costumbres, y las nuevas que reemplazaron a las viejas no eran ni podían ser explicadas por razones justas, ni por la necesidad de converger hacia propósitos dados y legítimos. El abandono de sus hábitos era, pues, sin explicación. y por consiguiente. insano.

Acompañando a estos trastornos no tardaron en presentarse dos fenómenos que tienen su significación nosológica, la falta de apetito y la falta de sueño, fenómenos unas veces más alarmantes que otras y que han ido debilitando lentamente la constitución de esta señora. Actualmente cuesta mucho hacerle tomar alimento y se pasa semanas sin que duerma dos

cosas que no son compatibles con la vida en sujetos sanos. Por consiguiente, si la señora N. vive y no duerme y toma escasísimos alimentos, tiene su sistema nervioso en estado manifiestamente anormal.

Ella que, aparte sus juicios errados, forma conceptos verdaderos y percibe con claridad fenómenos reales que no se relacionan con sus ideas delirantes, conoce su posición y se queja con dolor de sus desgracias; hasta llora cuando piensa que está encerrada; quiere salir, pide salir, es capaz de desarrollar una actividad asombrosa para preparar sus ropas útiles, si se le promete sacarla y se ampara, con una credulidad infantil, de la más ligera vislumbre de esperanza. Cualquiera que sea el que le haga promesas, ella no averigua ni la autoridad, ni el derecho, ni la capacidad, ni el poder de que dispone el que se presenta como su protector; se imagina que todos gozan de una suprema autoridad y ante la esperanza de ver realizados sus deseos, subordina completamente su inteligencia y está como pendiente de los labios de quien le ofrece favorecerla en sus propósitos. Cuando observa que las visitas se van dejándola, llora y reclama, protesta contra la creencia de que es loca y rechaza a sus compañeras de encierro, dándoles este título que no quiere para ella.

Esto es característico. Las personas que no tienen su razón en estado normal, no preguntan jamás con qué derecho se les interroga, ni quiénes son los que lo hacen, ni con qué objeto se las examina; contestan o no contestan, pero parece que con su razón se ha ido de su cabeza la aptitud para tener curiosidad. Según el grado de enajenación y según la clase de manía, todo lo toman como buena moneda, y si la desconfianza asoma en su mente, hace lugar bien pronto a la mayor credulidad, a propósito de la reflexión más fútil.

Parece que en esta circunstancia la inteligencia se reconoce incapaz de lucha y prefiere someterse a contradecir; los locos suelen tener la candidez y credulidad de los niños, al lado de los subterfugios y recursos de los hombres más experimentados y sutiles.

Si como la pintamos es la señora N., no cabe la menor duda acerca de su estado mental, a menos que una ficción diestramente verificada nos haga equivocar.

Pero esta suposición debe excluirse. El aspecto de la señora, el tono con que habla y las ideas que expresa, no pueden ser fingidos. Para fingir así, sería necesario tener el mayor talento cómico del mundo y una constancia de la cual no se ha visto ejemplo hasta ahora.

Además toda ficción tiene una razón y un objeto; la persona que finge mantiene propósitos más o menos penetrables.

Si, pues, todo cuanto observamos en la señora N. fuera fingido, dicha señora estaría más que nunca enajenada, pues, por sus ficciones, iría tan manifiestamente en contra de todo propósito racional que, por este motivo, la forma de sus juicios se apartaría radicalmente de la forma que tienen todos los juicios de todas las personas cuya inteligencia se halla en estado normal y sería, por consiguiente, colocada en la categoría de las que padecen una alteración en su mente.

De todo lo expuesto y otras reflexiones que la ciencia sugiere en estos casos, deducimos:

1° Que la señora N. está loca.

2° Que padece de locura común.

3° Que la forma de esta locura es la forma melancólica.

4° Que la particularidad predominante es una monomanía especial, indicada ya en el curso de este informe, que se halla perfectamente incluida en los cuadros nosológicos de manía melancólica.

5° Que la enfermedad es incurable.

6° Que no hay actualmente peligro, ni para la enferma ni para la sociedad, en que esta señora viva fuera del manicomio convenientemente atendida.

Es cuanto tenemos que informar.

Honorarios, etc.

EDUARDO WILDE - PEDRO ROSENDI

Anexo II

UN CASO DE HERMAFRODISMO
PUBLICADO POR MANUEL T. PODESTÁ EN 1887

Año X.—1887

BUENOS AIRES

Tomo X.—N° 2

Anales del Circulo Médico Argentino

FEBRERO DE 1887

UN CASO DE HERMAFRODISMO

Figuran en los tratados de medicina legal y particularmente en las obras interesantes del profesor Tardieu, algunas observaciones curiosas de hermafrodismo; pero ninguna en nuestro concepto, tan interesante como la que nos permitimos ofrecer hoy al lector.

Conocíamos el de Maria Magdalena Lefort, que se halla apuntado en todos los textos y que fué objeto de estudios minuciosos, como puede verse hojeando la obra de Churchill.

En este, y otros que hemos encontrado, se trataba generalmente de mujeres, en las que los órganos de la generación presentaban ciertas particularidades ó anomalias que permitían por un momento la confusión del sexo.

El volumen exagerado del clitoris, dice Tardieu, puede llegar en algunos casos hasta representar el pene de un hombre que sufra de hipospadias y aun podría permitir la cópula más ó menos completa, pero esto, añade el sabio médico-legista, sería simplemente un carácter aislado que no modifica el conjunto de atributos exteriores é interiores propios del sexo femenino y que, si él ha podido servir á instintos depravados, no cambia en nada las condiciones sobre las cuales se funda la distinción de los sexos.

Como estos, se registran en los anales de la ciencia, el de Alexina B., por ejemplo, á la que Tardieu ha revestido con las fantasías del romance, el de *Bouilland* y *Mance*, este presenta analogías con el que vamos á describir, con la diferencia de que en el de Bouilland se trataba de una mujer que había contraído matrimonio haciendo el rol de

hombre y en el que nos ocupa, se trata de un sér, que tiene más atributos de hombre que de mujer y que ha contraído matrimonio en el carácter de tal y que vive de esta manera hace algunos años sin que la más lijera sombra altere la paz de ese tálamo monstruoso.

Hé aquí su historia.

Presentóse una mañana al consultorio en el Hospital Italiano, la mujer enferma Maria..... de 34 años de edad, italiana, temperamento sauguíneo, constitucion fuerte, estatura mediana.

Al fijar en ella nuestra mirada, nos llamó singularmente la atencion el aspecto de esta persona que presentaba rasgos fisionómicos característicos--habia en ella algo de varonil que armonizaba muy poco con sus vestiduras femeninas y con sus modales bruscos y desenvueltos.

Su cara desprovista de esas líneas correctas y suaves que herinosean el rostro de la mujer, dándole la expresión dulce y acentuada del sexo, tenia la dureza de los contornos masculinos--la tez bronceada, los pómulos salientes, el bozo espeso, negro y tan pronunciado como el de un joven de veinte años, el cabello corto, duro, rebelde á la toí,et femenina, la frente baja, deprimida, la boca grande de labios gruesos, ojos negros rasgados. expresivos; un conjunto en fin, que contrastaba singularmente con la fisonomia de la mujer y que daba á la mencionada Maria, el aspecto mas varonil que pueda observarse en una persona del sexo femenino.

La invitamos á sentarse y empezamos el interrogatorio que es de práctica--su voz era ronca, fuerte, faltábale absolutamente el timbre dulce y característico de la voz de mujer.

Al preguntarle si era casada para anotarlo en el libro de registro, la enferma inclino la cabeza y toda confusa nos contestó afirmativamente, agregando que hacia varios años pero que no habia tenido familia.

Al referirnos estos casos, lo hacia con cierto aire de desconfianza y como si nuestras preguntas, le hicieran el efecto de una curiosidad imprudente.

Quedóse un instante pensativa y luego tomando una postura resuelta nos dijo: vea señor, nunca me he hecho visitar con los médicos, porque mi marido no quiere, y hoy mismo, he venido á consultarlo sin su consentimiento, pues, es muy probable que si él llegase á saberlo me castigara --pero yo, sufrí mucho y no puedo continuar más en este estado.

Y porqué no quiere su marido que sea V. visitada por el médico, le preguntamos--no comete V. una mala acción, por el contrario, el mismo debiera tener empeño en que V. se atendiese--solo que tenga motivo para no tenerle cariño.

La enferma protestó de nuestra última sospecha, pero se podia ver que estaba excitada, violenta y que talvez, se habia arrepentido de haber infringido las órdenes recibidas, pero, mas por temor de si misma, que por las amenazas del marido.

Empezó enseguida á suplicarnos que le diéramos un remedio eficaz para sanar pronto porque no deseaba volver al consultorio.

Quejabase de malestar al estómago, dificultad y dolor para orinar y espasmos nerviosos que la obligaban á cada instante, á verificar la miccion sin poder efectuarla bien y sin obtener por ello, alivio alguno.

Se habia aplicado instintivamente fomentaciones tibias en los órganos genitales y con ellas se aliviaba un tanto, pero esta mejoría era transitoria y el mal tomaba siempre mayor incremento.

Contribuí á exacerbarlo en su opinion, un flujo abundante que tenia desde algunos meses atrás y al que vinculaba con fundamento el origen de todo su malestar.

Escuchábamos atentamente la relación de la enferma cuando de improviso, nos dice, poniéndose de pié--deme la receta doctor, yo quiero irme.

Procuramos calmarla haciéndole comprender que sin un examen prolijo no podríamos formar juicio de su enfermedad y que para ello, era menester que se dejara inspeccionar, tanto más, cuanto que se trataba de una enfer-

medad en los órganos genitales y fácilmente podría confundirse á estar á la sola relacion que ella nos daba.

Tuvimos que insistir y desplegar lujo de *erudicion* para convencerla de que solo procediendo de este modo, podría otorgarsele una receta y aconsejarle un tratamiento adecuado.

Al oír nuestras palabras y sin que pareciera convencida de la opinion que le dabamos, miraba con desconfianza todas las puertas como temerosa de alguien que pudiese sorprenderla en sus secretos más íntimos.

Insistió en su deseo de obtener la receta sin el exámen pero siendo nuestra resolusion y la insinuacion que le hicimos de que podia retirarse—se decidió á aceptar el reconocimiento al mismo tiempo que nos decía con aire suplicante: Señor, no me haga ver con nadie, solo V. me va á examinar y no diga á nadie lo que voy á mostrarle.

Aquí pido perdón á mi enferma, pues como ve el lector, no he cumplido la promesa, pues se lo cuento todo, valido de la impunidad en que unos coloca la curiosidad científica.

Con estos ejercicios aumentaba nuestra curiosidad y redoblamos nuestra *elocuencia* para convencerla de que correria grave riesgo si no se dejaba examinar prolijamente.

Cerramos todas las puertas, dimos órden al enfermero de servicio para que impidiese la entrada y nos preparamos más que á observar á una enferma á decifrar uno de esos tantos enigmas que encuentra el médico á cada paso.

Colocamos á nuestra enferma en una posicion adecuada y al levantar los vestidos con el propósito de investigar el estado de los órganos genitales, asienno de todos sus padecimientos, tuvimos que vencer nuevas resistencias, suplicas y protestas, por último, la enferma misma los puso al descubierto á tiempo que nos decía con tono de profunda amargura:—*Antes yo no le sigo así, una bruja de mi tierra se ha reingido en mí por ofensas que recibí de mi familia, pero yo no tengo la culpa.*

Era un caso de hermafroditismo típico.

Yo era muy niña, continuó, cuando esa mala mujer, tuvo la maldad de hacerme este daño y nos señalaba sus órga-

nos genitales, en los que aparecía en primera linea un pene bastante voluminoso arrancando de dos repliegues cubiertos de vello abundante y que simulaban perfectamente dos grandes labios.

El pene estaba bien conformado, el glande con su corona cubierto por un prepucio movable y que fácilmente se desligaba hasta dejarlo descubierto—por la lámina adjunta se podrá juzgar de que nada tiene de parecido con un clitoris voluminoso como suele observarse en algunos mujéres ó en hermafroditas femeninos.

En la cara inferior del pene se encontraba el agujero uretral al nivel de la boca del glande—un verdadero hispospadias.

A ambos lados de la rejion perineal anterior, dos repliegues voluminosos, semejantes á los grandes labios pero que tambien podian considerarse como el escroto con ausencia de testículos.

Al separarlos se dejaba ver en su centro, una superficie lisa, enrojecida por el frote, desprovista de vello y en la que no se podrá descubrir rudimento de entrada vaginal.

Imponiendo una presion con el dedo se notaba la resistencia, de manera que no podia considerarse como un tabique superficial sino un verdadero tejido compacto y que formaba parte integrante del plano perineal.

Investigando prolijamente, pudimos cerciorarnos de que habia ausencia, como dijimos ya, de glándulas testiculares y haciendo la palpacion del abdomen, no constatamos ni ovarios ni matriz, igual resultado obtuvimos por el exámen rectal.

Comprimiendo lijeramente la uretra en toda su extension, salia por el meato, un líquido purulento analogo al pus blenorrájico.

No habia duda; se trataba de un caso típico de hermafroditismo masculino.

Nuestra enferma, era uno de esos seres desgraciados en los que, la naturaleza parece detenerse indecisa al impedirle el sello que caracteriza el sexo para formar en

cambio, una mezcla de hombre y de mujer, un ser donde se confunden los rasgos, donde se interrumpen bruscamente las líneas suaves, para dar lugar á un sello vago de virilidad y en el que se advierte un organismo moral que presenta los mismos caracteres indefinidos del organismo físico.

Después del examen de los órganos genitales, vamos á completar el cuadro y á medida que delineamos los contornos, se podrá juzgar del tipo masculino de la Maria N.

Su estatura mide un metro y cincuenta centímetros la cabeza es pequeña, bien poblada de cabellos negros, de hebras gruesas, fuerte, corto aplicado con proligidad sobre el cráneo y recojido por detrás en dos pequeñas trenzas. Los pómulos, como hemos dicho, son salientes, los maseteros vigorosos y la mandíbula inferior de ramas gruesas y pronunciadas.

La única *belleza* de este ser anómalo, son los ojos; negros, grandes, con una expresión extraña, velados por las largas pestañas y sombreados por cejas unidas, espesas y bien delineadas.

El cuello es largo, musculoso, erguido, varonil.

El torax completamente de hombre—no hay vestigios de glándulas mamarias—apenas un pequeño mamelón.

La rejion condro-esternal un tanto deprimida hacia dentro y la piel que la cubre salpicada de pelos en distintos puntos.

La respiración completamente abdominal.

La pelvis no tiene ni los diámetros ni la disposición anatómica que se observa en la mujer.

Observando á la Maria N. en la estación vertical, con los muslos unidos, el pene sobresale en una extensión de tres centímetros debajo de la espesa capa del vello que cubre el pubis.

Los repliegues que simulan los grandes labios, son flácidos, elásticos, fácilmente por medio de tracción se hace aumentar su amplitud exactamente como sucede con el escroto.

La actitud, los movimientos de la Maria N., revelan perfectamente la *tendencia* al hombre.

Los brazos, fuertes, musculosos, cubiertos de vello, carecen de esas formas contorneadas que se observa en la mujer y á la que contribuye la capa espesa de tejido adiposo que falta completamente en la Maria, á pesar del vigor de su organismo.

Los muslos y las piernas, presentan tambien el aspecto por su forma y por su estructura, de los muslos y piernas de hombre.

Debajo de la piel de esa rejion, de color moreno y cubierta tambien de pelos, se observan las masas musculares del triceps femoral y de los poderosos musculos que forman las pantorrillas.

Viste con cierto abandono, en nada se revela esa coquetería innata en la mujer, y que puede observarse, hasta en las que pertenecen á la mas humilde condicion moral.

Su inteligencia es viva, sus ideas son claras, su palabra es fácil y expresiva y acompañada siempre de una mímica especial que completa las frases interrumpidas bruscamente, para pasar con rapidez de un asunto á otro.

No sabe leer ni escribir; no es religiosa, pero la superstición que forma la base de sus creencias, se ha arraigado profundamente en su espíritu; y es tal vez debido á esta ignorancia y á las aberraciones que emanan de su educación que la Maria N. se encuentra rodeada de tinieblas con respecto á su verdadero sexo y al rol que debiera desempeñar.

Ha germinado en su espíritu hasta echar hondas raíces, la idea de que las manifestaciones físicas de su sexo se han modificado debido á la intervencion maligna de una *brujía*, desde luego, el convencimiento de que es mujer, es perfecto, y si alguna vez, le asaltase la duda, la naturaleza mutilada, diremos así en su origen, en sus primeras manifestaciones, callaría ante un deseo que ha quedado pervertido por su ignorancia y por la desviación que ha sufrido todo su organismo moral.

Quando se estimula su imaginación haciéndole concebir

una situación mejor y más en armonía con las verdaderas impresiones que corresponden á su sexo, un reimpulso de sorpresa se pinta en sus ojos, parece que el *scótilo genésico* embotado desde sus primeras manifestaciones, respondiese por un momento al estímulo verdadero que debe ponerlo en actividad; pero, estos fenómenos psico-fisiológicos son fugitivos, y seguramente, la *enfemia* no los provoca por sí misma.

Interrogándola sobre las sensaciones voluptuosas que experimentaba durante el *cóito*, no sabía *ella* misma que responder, se advertía perfectamente, que se prestaba á las manifestaciones eróticas de un *marido* poco exigente y que si alguna vez podía sentir impresiones de placer, el cumplimiento de lo que *ella* creía un deber la hacía ocultar la repulsión ~~del~~ *coitus* que le producía ese contacto grotesco. Le hablamos de la mujer, haciéndole comprender que tal vez se había equivocado al casarse de esa manera y que su verdadero estado no era el que ella suponía, nuestras palabras la dejaban pensativa y mortificada.

Le preguntamos si le agradaría tener hijos, nos contestó afirmativamente, más, deseaba ardientemente tener un hijo para depositar en él todo el cariño que se distinguía dentro de sí misma; pero las molestias del *embarazo* y del *parto* eran cosas que entibiaban sus deseos.

Jamas había tenido *reglas*, solo un día perdió alguna cantidad de sangre por la uretra, pero esa fluxion sanguinea pasajera no volvió á presentarse.

Hé ahí el cuadro de nuestra observación forzosamente incompleta por la cautela con que debíamos proceder en presencia de todas las resistencias que oponía y del poco tiempo que permanecía en el consultorio.

Vimos á Maria N. por dos veces, en las dos, la instamos para que nos diera su domicilio para visitarla y *recabar* del *marido* los datos completos de una historia doblemente interesante, pero se negó con tal obstinación que nos obligó á desistir de nuestro intento.

¿Y el marido nos preguntamos ahora con lejitima curiosidad?

Su condición social humilde, su ignorancia, una aberración funesta de su sistema genésico, todo esto, explicaría en parte la conformidad de aceptar una *compañera* que no puede absolutamente coadyuvar á los fines del matrimonio; pero, la superstición y la superstición unida á las causas anteriores nos dan cuenta perfecta de esta unión contra-natural.

El origen mismo de esta unión explica perfectamente la armonía que la ha vinculado durante tanto tiempo.

Estos dos individuos se habían conocido desde muy niños, habían pasado su infancia bajo el mismo techo—*ella* con sus vestidos de mujer y él considerándola como tal, le había cobrado afecto—cuando *la* pidió en matrimonio á sus padres, estos, por especulación ó ignorancia, no le revelaron el verdadero estado de su hija.

Ya se sabe que en estas uniones, pocas veces la mujer acepta el matrimonio por inclinación; es solicitada, conlleva sus conveniencias y no se pregunta otra cosa.

Por otra parte, él, era su amigo, su protector, todas las jóvenes de su tiempo ya se habían casado y hubiera sido *bochornoso* que *ella* quedara así abandonada.

Realizado el matrimonio, el instinto debía prevalecer y sublevar las protestas de un marido engañado; no sucedió así sin embargo, la superstición tuvo más poder y sofocó las exigencias naturales de los sentidos—su compañero al apercibirse de las condiciones de su *mujer*, se limitó á decirle: *Dios te hizo de esta manera, yo no puedo remediarlo—asi oiriremos unidos.*

Qué sabía el individuo de medicina legal, de error de sexo y de tantas otras cosas, que lo hubieran librado de un compromiso que ninguna ley podía sancionar.

Para él, la Maria N. es una mujer como cualquiera, pues si los órganos genitales están mal conformados, imperfectos ó con más semejanza á los de su propio sexo que al femenino, él nada puede hacer. En su concepto, ese vínculo no puede disolverse y está perfectamente resignado por más que se diese cuenta de que ha sido defraudado.

Anexo III

Reminiscencias

CARTA A EMILIO R. CONI

**PUBLICADA COMO PROLOGO A *NIÑOS. ESTUDIO MÉDICO SOCIAL*
POR MANUEL T. PODESTA EN 1888**

MANUEL T. PODESTA tiene el
placido de ofrecer a la
Dr. L. Montas de Oca una
ensayo sobre higiene infantil

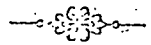
NIÑOS



Handwritten signature or initials

ESTUDIO MÉDICO-SOCIAL

Nº 20911



BUENOS AIRES

IMPRESA DE LA PATRIA ITALIANA
v. 236 - Florida - 467 N.

1888

REMINISCENCIAS

Al Dr. Emilio R. Coni.



DO me he desalentado, apesar del desencanto con que Vd. me hablaba cuando le comuniqué la idea de escribir algunos apuntes sobre Higiene infantil.

Aquí está, pues, mi libro — no tiene vènia ni autoridad para presentarse á un concurso, y no saldrá talvez de los estantes de algun librero bondadoso que lo dejará de carnada á la polilla — ya vé, que no me hago ilusiones sobre la suerte que lo espera.

Cuando pienso que su notable trabajo sobre Mortalidad y morbilidad infantil, ha pasado casi de incógnito entre nosotros para ir á recibir en cambio, una medalla de plata en la Academia de Medicina de Paris, veo al mió, tomar las proporciones diminutas de una cartilla, y me dan tentaciones de negarlo tres veces con gallo y todo, y dejarlo ir sin apoyo al sacrificio.

— IV —

Pero, esto seria una mala accion y reflexiono, que: bueno ó malo, encierra una idea de propaganda que no es del todo mia, y que si no tiene otra virtud, tendrá al menos, la de los remedios caseros: — si no hacen bien, tampoco hacen daño.

Yo no escribo para médicos ni para sábios — los primeros leen poco, los segundos saben demasiado — escribo para las jentes, como diría nuestro espiritual catedrático Wilde — si ellás tienen buenas entendedoras, verán lisa y llanamente lo que conviene á la salud de sus hijos y no tomarán á mal, que elija el gremio infantil mas democrático y abandonado para modelo de mis bocetos.

Los que viven bien, que tienen mamas ricas, carricoches, uedriças, nineras empifolladas y árbol de navidad que cuesta un platal, podrán condelerse de los que van al Hospital San Luis, implegando, desde los primeros pasos, la caridad pública, y de los que nacen en los conventillos y van rodando como las fieses del cardo por el fango de las calles.

Para estos dos tipos, no hej legislación mas imperiosa que la del hambre: — es la ley del mas fuerte, la que despotiza: — el uno, le quita la madre al otro para vivir; al débil le dan una madre prestada á cualquier precio ó lo llenan como una vejiga con el alimento que mejor cuadra á quien lo cuida — uno se cria fuerte, rollozo, repleto de buena leche — el otro empieza á luchar, y si salva y llega á hombre, se saca el sombrero á su hermano de leche que le ha hecho la gracia de dejarlo vivir.

Recuerdo que cuando era interno del Hospital de Hombres, teníamos una numerosa clientela de niños en los contornos del barrio.

¡Con qué satisfacción dragoneábamos de médicos y con qué gravedad dejábamos una receta que se aplicaba generalmente, aumentada y corregida con los consejos y la experiencia de alguna comadreja aficionada y entrometida!

Teníamos, entonces, más fé que ahora en el éxito profesional, y la muerte de uno de nuestros pequeños clientes, nos tenía angustiados y pensativos todo el día.

¡Qué inocencia de parte nuestra, para retener en el fondo de nuestra conciencia, una responsabilidad que estamos léjos de aceptar ahora!

Y eran muchos los que se morían en esos conventillos — me parece que los estorj: viendo haciendo contorsiones y dando gritos de dolor, sin que fueran suficientes para calmarlos, todos los ingredientes que le propinábamos y todas las ternuras de madres impacientes é ignorantes, que al verlos empeorar, ó nos despedían con irritantes reproches, ó se reservaban el derecho de inculparnos la muerte de sus hijos en las conversaciones del velorio.

Ahora, no sé quien los cura, ni quien los atiende.

El Hospital ha desaparecido como si se lo hubiese tragado la tierra — los practicantes, han desertado de ese barrio latino para instalarse cerca de las Clínicas, pero los conventillos han quedado en pié, se han difundido, han invadido como la yedra las barrancas del Paseo Colon — algunos que están todavía como colgados del barranco, parecen grandes niños de avechuchos.

¿Quién hubiera sospechado, entonces, la existencia de tantas razas de microbios, de bacterios? — pero, sin la aparición de esos colonizadores de la muerte, habla motivo suficiente para poner una barrera á la invasión siempre creciente de esas viviendas infectas que se han instalado cómodamente en todos los barrios.

Yo he visto fabricar un conventillo de doce habitaciones en siete días — esto le parecerá una exajeración, y sin embargo, está á la vista y á las barbas de todo el mundo.

Yo no he tenido la abnegación de V. para hacer estadística detallada, mas le diré, me he permitido saquearle algunos números de esos que ha podido redimir V. del limbo del desórden de algunos de nuestros archivos.

En cambio, he tenido la paciencia de acudir con premura siempre que he sido llamado para asistir en una casa de inquilinato — mi buena acción pierde su mérito por el móvil egoísta que me llevaba; pero, de todas maneras, he querido y he conseguido palpar la verdad amarga y formarme una idea exacta de la vida social y material de esas agrupaciones — puedo escribir con conocimiento de causa y sin temor de hacer hipóboles.

El poco caso que se hace allí de los niños — es cosa que se revela en el abandono en que se los tiene, no se lo voy á repetir á Vd. que lo sabe perfectamente, pero le voy á referir un hecho que yo he presenciado algunos años atrás.

Jugaba á las puertas de un conventillo una banda de chicuelos — algunos ya grandecitos medio descamisados,

rubios, pecosos, gritaban con ademán imperativo dirigiendo los azares del juego é imponiendo á la suerte su caprichoso derecho — otros, sentados en el borde de la vereda, miraban con atención el salto que daban los cobres al ser golpeados por una bola de plomo — las disputas, los tirones por la manga de la camisa, ya desgarrada, las protestas de los que perdían, hacían coro á los gritos y á los llantos de los más chicos que iban cargados.

Disuelta de improviso la bandada por un grito de alarma — uno de ellos no se apercibe que en la confusión se le desliza de un gran envoltorio que llevaba apretado contra el pecho, un muchachito de meses que cae rodando á la calle y se queda gritando desamparado.

Supé despues, que el niño que se perdía así como un objeto cualquiera, era un niño huérfano que estaba de pensionista en la casa de su distraído protector.

.....
¿ Y los expósitos ?

No los he incluido en mis apuntes — están bajo la tutela cariñosa de la Sociedad de Beneficencia; sin embargo, me sospecho que los que se crían fuera del establecimiento no se bañan en agua de rosa.

No he querido seguir el rastro de los que figuran en la estadística de los muertos al nacer, porque tendría que tocar puntos de medicina legal y arrojar sospechas sobre un gremio que comparte con nosotros las atenciones de la profesion; pero, sin campanearlo mucho, ya sabemos como mueren ó se hacen morir, los niños

que son frutos clandestinos y que podrían afrentar á una madre á quien la sociedad exige la conservación de una virtud que su organismo le subleva.

.....
.....
Menos modesto que V. me he atrevido á empujar mi libro á la calle para que viva y respire como pueda, despues de haberlo tenido oculto como un delincuente en los cajones del escritorio.

Si mi propósito, fuera especulativo, malos tiempos le tocarían!

¿ Y qué importancia puede despertar un opúsculo que se ocupa de niños enfermos, escrofulosos, atrepsicos, hambrientos, de conventillos, de nodrizas, etc.? — Quiebra segura para la reputación y el bolsillo de su autor.

Me expongo pues á las dos eventualidades por la convicción de que es necesario, bien ó mal, insistir en sobre estos tópicos que se miran con desden y como tema de ratos perdidos.

MANUEL T. PODESTÁ.

Anexo IV

**RECOPILACIÓN DE COMENTARIOS PERIODÍSTICOS
PUBLICADOS ENTRE 1890 Y 1892
SOBRE LA OBRA DE MANUEL T. PODESTÁ**

En la transcripción se regularizó la ortografía de acuerdo con las normas vigentes. Los puntos suspensivos entre corchetes [...] indican la existencia en el original de un párrafo que no ha sido transcrito en esta versión y el asterisco entre corchetes [*], la omisión de una palabra y/o párrafo ilegible en el original.

Dado el grado de deterioro y consiguiente ilegibilidad de los periódicos del siglo pasado, se ha tratado de reconstruir el original a través de la consulta de las colecciones periódicas de la Hemeroteca Nacional, la Hemeroteca del Congreso de la Nación Argentina, la Hemeroteca del Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires y el Archivo del diario *La Nación*.

La Nación, 25 de enero de 1890, p. 2.

Por la imprenta de la *Tribuna Nacional* acaba de aparecer, en un volumen de 357 páginas, *Irresponsable*, novela de que es autor el distinguido médico literato, Dr. Manuel T. Podestá, cuyo prólogo dimos a la publicidad hace algunos días.

En breve dedicaremos a este importante trabajo un detenido análisis.

La Nación, 26 de enero de 1890, p. 2.

"Irresponsable" por el Dr. Manuel T. Podestá (sin firma)

He aquí un libro difícil de clasificar por su forma. Es una novela psicológica? Es una disertación filosófica alrededor de una acción que le sirve de núcleo? Es un cuadro de costumbres en que las situaciones que se suceden son meros pretextos para cambiar de punto de vista?

Puede ser todo esto a la vez; pero en el fondo, es un libro original, fuertemente pensado y vigorosamente escrito, que cautiva la atención, apasiona moralmente, y hace meditar, aún cuando su contextura analítica no corresponda al pensamiento fundamental que lo ha inspirado, ni sea propiamente una obra de imaginación.

Irresponsable es una novela, en cuanto encierra una acción dentro de un cerebro, que comprende la existencia de un ser en pugna con la vida; pero es una novela tallada dentro de una disertación filosófica, y su acción, sin movimiento dramático, se desenvuelve dentro de los espacios del alma, como una sombra de contornos definidos, pero cuyas facciones no pueden distinguirse.

Hasta el héroe del libro es anónimo: —se llama simplemente "el hombre de los imanes". No figura en sus páginas ninguna mujer, y tan solo el cadáver de una muerta, anónima también, representa la belleza inanimada como una estatua de carne, y un amor enterrado sin aurora y sin ocaso. Los personajes son por lo general, mudos: cuando hablan, hablan solos; y si por acaso cambian el diálogo por el monólogo, es para disertar sobre abstracciones, a que hace coro el autor con una continua abstracción de vuelos imaginativos, con notables rasgos analíticos, en que se combinan estudiadamente los ideales de Fausto con los sarcasmos burlescos de Mefistófeles, dando sabor especial a las frases, que parecen dibujadas más bien que escritas.

[...] *Irresponsable* ¿por qué? El autor no lo explica bien. La moral que resultaría, sería la irresponsabilidad del hombre que se degrada, simplemente porque se degrada sin reaccionar contra el egoísmo, la cobardía y la pereza. Pero en realidad es un ser, de cualquier modo que sea, arrastrado por la corriente de la fatalidad [...]

Considerado este libro como pintura de costumbres, tiene un gran valor intrínseco [...]

La Nación, 31 de enero de 1890, p. 1.

"Irresponsable"

El Dr. Manuel T. Podestá, autor de la obra que con el título de estas líneas llama tan justamente la atención en nuestro mundo literario, ha recibido del Dr. José María Ramos Mejía una interesante carta sobre el nuevo libro. Pertenecen a ella los párrafos que publicamos enseguida:

He recibido su libro y lo he leído de un tirón con el creciente placer con que se leen las cosas buenas, muy buenas. Este libro tiene para mí un doble atractivo: ser muy bueno, ante todo, y ratificar elocuentemente un pronóstico que hice hace diez o doce años en las aulas de la facultad de medicina, cuando ambos estudiábamos juntos y amablemente unidos por una amistad que tiene que resistir al tiempo y a todas las vicisitudes de la lucha. Ese pronóstico era que V. iría lejos con su pluma original y analítica. Se ha cumplido, pues, con *Niños*, tan adorablemente escrito y tratado, y con *Irresponsable*, cuyas pinturas, algunas de ellas magistrales, tienen el vigor y la luz de los cuadros del famoso autor de *Madame Bovary*, la más grandiosa novela de costumbres que ha producido la literatura de este siglo, a pesar de algunos defectos de contextura moral.

Ese primer capítulo suyo, en que se levanta aquel famoso estudiante de los USIANES, cuyo examen presenciamos V. y yo, es de un sabor delicadísimo; tiene golpes de pincel vigorosísimos. Ha sido para mí una verdadera y mágica restauración de aquella época feliz en que el dolor y las amarguras de un examen eran usurariamente compensados por doscientas rabonas en el Paseo Colón [...]

El poeta Guido y Spano expresó su juicio en las líneas siguientes:

Carlos Guido y Spano saluda con viva simpatía al Sr. Dr. Manuel T. Podestá, agradeciéndole en extremo el fino obsequio de su libro *Irresponsable*, fuertemente pensado y bellamente escrito.

La Nación, 1 de febrero de 1890, p. 1.

Coustau, Juan. "La antropología en la novela. A propósito de *Irresponsable*"

[...] Pero es el caso que concluyo de leer la novela del Dr. T. Podestá, titulada *Irresponsable*, y tanto me ha encantado la forma, el colorido y la armonía del lenguaje [...] y, sin embargo, no soy partidario de las doctrinas antropológico-sociales que allí se desarrollan, y que vulgarizadores mediocres han querido en nuestros tiempos llevar a la categoría de verdades inconcusas, llamándolas la última expresión de la ciencia.

[...]

Una observación, que creo feliz, acaba de sugerirme el hecho, y es la de que en la novela, la doctrina de los criminalistas que se dicen modernos, es más aceptable, porque así se suple más fácilmente la solidez del principio por la veleidad y mistificación de la leyenda.

El que primero sacó partido de este hecho en Francia fue Emilio Zola [...]

Octavio Feuillet en *La muerta* y otras novelas, ha querido explotar el mismo género [...]

Aquí en Buenos Aires, tampoco ha pasado desapercibida esta tendencia, de una teoría que en los tiempos actuales todo lo invade [...]

El malogrado Eugenio Cambaceres hizo sobre el particular su ensayo, presentándonos en su libro *En la sangre* a uno de esos seres con todos los vicios y defectos de sus antecesores [...]

Pero el capítulo más interesante es el titulado "Irresponsable". En él ha querido el Dr. Podestá justificar el abandono, la despreocupación de los vicios del héroe de su novela, el hombre de los imanes, en defectos congénitos, transmitidos por sus progenitores como si los actos voluntarios dependieran de fenómenos físicos operados fisiológicamente por propagación material.

En este punto no estamos de acordes, porque el fenómeno de la herencia no está justificado sino que, por el contrario, hombres de ciencia y reputación universal atestiguan con sus opiniones irrecusables que ni aún por leyes atávicas es posible confirmar el hecho. [...]

Fuera de todo esto, el Dr. Podestá se limita sencillamente a exponer una teoría, sin entrar en largas digresiones sobre las asimetrías craneanas y particularidades exteriores a que pudiera prestarse el estudio del protagonista de su novela, según el plan de clasificación de los partidarios de la nueva escuela criminalista italiana. [...]

Para mí, por ejemplo, me explico los defectos de ese triste personaje, en la influencia del medio en que vivió desde niño [...] En otro medio, el héroe de la novela que nos ocupa, hubiérase convertido en un hombre de bien. [...]

Los demás capítulos de la obra del Sr. Podestá son brillantes páginas literarias, descripciones animadísimas, en que se recuerda el mismo estilo con que el Dr. Eduardo Wilde nos revelaba las escenas interesantes del Club del

Esqueleto.[...]

Es menester que la escuela positivista se convenza que siguiendo las leyes inmutables de la lógica, la naturaleza, como dice un notable publicista contemporáneo, no es uniforme ni crea en absoluto dos cosas idénticas.

La Prensa, 1 de febrero de 1890, p. 5, c. 6-7; p. 6, c. 1.

"*Irresponsable*". Carta de Eduardo Sáenz.

[...] He leído varios juicios de *Irresponsable*; ninguno se ajusta a mis impresiones.

El hombre de los imanes, es el estudio de un proceso moral degenerativo, transmitido por herencia. Al menos así lo entiendo. Si fuera posible la clasificación, diría que es una novela unipersonal.

Su título *Irresponsable* está plenamente justificado por la ley de atavismo de la cual es víctima inocente, cuyo germen constituye la esencia de su ser y suministra el principal resorte dramático de la acción en que se desenvuelve el primero.

Fisiológicamente llamado a recorrer una pendiente fatal, de la que nada ni nadie es capaz de librarlo, el hombre de los imanes va de tumbo en tumbo, como guijarro, hasta llegar al precipicio final, donde la locura hace las veces de la apoteosis de aquel mal incurable.

Todo esfuerzo en el sentido del bien es inútil, infructuoso y hasta contraproducente. Aquel germen primitivo inoculado en su sangre, aquella semilla maldita arrojada en su ser, tiene necesariamente que abrirse camino a través de su existencia. Por más que sus primeros años corran desconocidos para el lector, ellos son de un interés secundario. ¿Qué importa quienes fueron sus padres, ni la canción que lo meció en la cuna, desde que su destino estaba ya fijado antes de nacer?

Sabemos de él lo bastante; sabemos que la tendencia orgánica de su constitución moral, tendrá que pagar tributo tarde o temprano al vicio crónico de sus ascendientes; sabemos algo más: que la educación, los hábitos, los compañeros y amigos, los mismos textos de instrucción en que bebieron sus primeras ideas y sentimientos, todo, todo ha de conspirar en favor de su ruina, de su degradación y del desenlace tremendo que le espera.

Bajo este aspecto, la teoría que entraña su héroe presupone una filosofía fatalista que no sé hasta qué punto se hallará sostenida por la ciencia contemporánea. Desde luego es moderna y se hace accesible a la razón por su consonancia con los principios más adelantados; pero la última verdad todavía no se ha pronunciado, y los sabios tendrán mucho que pensar y que decirnos antes que podamos fundar escuela literaria sobre bases tan inseguras como las que hoy día nos ofrecen.

El hombre de los imanes necesitaba un impulso, un débil impulso para que la victoria se decidiera en favor de sus inclinaciones hereditarias. Una mujer joven, linda y prostituida, una histérica se interpone en su camino. La pasión amorosa estalla en él con caracteres anómalos desde su principio. Ama loca y desesperadamente; ama como ninguno, —al menos así lo piensa él. Pero la mujer aquella que ha inflamado su corazón hasta el delirio es una perdularia...

¡Perdularia! Sabe Dios si ella misma no es víctima también de un origen funesto y cumple y hace el mal obedeciendo a una ley igualmente misteriosa.

Sea ello lo que fuera (Vd. no lo explica) "el hombre de los imanes" la acepta con todos sus vicios: hace de ella su concubina, y el momento crítico de la depravación se inicia para él. Con sofismas y subterfugios más o menos hábiles, se disimula a sí mismo el vergonzoso papel que está desempeñando al lado de esa pecadora incorregible.

Llama obra de regeneración moral a lo que es simplemente vileza de su parte, y mira quizá como un heroísmo de su voluntad a lo que acusa su ausencia más absoluta.

Lucha: lucha sin tregua, sin descanso. Disputa hora a hora y palmo a palmo su presa la vicio; pero sin resultado. Quiere abandonarla y no puede. Mira dentro de sí mismo y retrocede horrorizado. Trata de desasirse, de olvidarla; lo consigue al fin pero ya es tarde!

Su carrera se ha malogrado; su fortuna dilapidada no sirve más que para dar testimonio de sus desórdenes pasados y de la miseria presente.

Y en medio de este besquicio [*sic*] de su vida y de sus ideas, la herencia, esa víbora escondida en su corazón, que lo venía acechando desde más allá de la cuna, inculca su sangre y en todo su ser, el virus sutil del alcoholismo.

A partir de este instante, el "hombre de los imanes" entra de lleno en el período franco de su descomposición moral. Toca, como estaciones obligadas de su caída, en el hambre con su cortejo de harapos; en la soledad del tugurio con sus remordimientos afrentosos; en la horrible ansiedad de los insomnios fabriles con su ejército de pesadillas y visiones.

Algo quisiera decirle sobre el mérito artístico de su trabajo, según mi manera de apreciarlo. Desde luego noto en *Irresponsable*, la falta de los caracteres comunes a la novela contemporánea. No hay intriga porque no pueden formarla un mismo personaje y un solo recorte dramático puesto en juego.

Sin carecer de plan, en cuanto al fondo, en la forma deja a menudo de tenerlo y hasta se aparta de esa regla para disertar sobre puntos y cosas que no están lógicamente vinculados a las necesidades de la acción y al fin propio que ella persigue. La acción misma se interrumpe a veces, burlando la expectativa del lector y llevando su atención a escenas que por más interesantes que sean y mejor escritas que estén lo alejan de su deseo y defraudan su curiosidad interesada en la suerte del personaje.

Es un libro para pocos por su carácter subjetivo. El interés no se sostiene en la generalidad de los lectores sino dando relieve y colorido intenso a la acción. Lo abstracto debe suprimirse en lo posible, prodigando en cambio lo que es concreto y puede en cierto modo hacerse sensible a la percepción del lector que es de ordinario más inclinado a los hechos que a las ideas.

Es preciso que los personajes hablen su lenguaje peculiar, que se muevan y gesticulen como si estuvieran presentes en cuerpo y en acción.

Pero V. me dirá en su descargo que no se ha propuesto hacer una

novela en su acepción más rigurosa.

Estamos de acuerdo. Y en adelante ¿podrá decir lo mismo?

No. La buena acogida que ha dado el público a su trabajo, lo ha hecho contraer una deuda con él.

Se ha dicho a V. que posee verdadero talento de escritor; que es observador profundo; que describe admirablemente; que tiene estilo propio y toques originales.

Y bien, todo eso es verdad; pero obliga su pluma a producir obras nuevas, donde aparezcan llenados los varios de *Irresponsable*. No hay salida por donde escapar. A pesar de todo quisiera verme aprisionado en sus mismas redes.

Los pasajes que más me han llamado la atención en su libro son muchos para entrar a mencionarlos a esta altura de mi carta. Los principales que recuerdo, son: los estudiantes filósofos de Balmes; el anfiteatro; la muerta tendida sobre la mesa de operaciones; el guardián; la escena de *L'Assommoir* toda entera; la de la plaza del Retiro; la descripción de la casa y la entrevista con el amigo; el comité y el cebador de mate; la pintura de la Comisaría y sus agentes; el depósito, y en particular, todos los pasajes en que hace Vd. el análisis psicológico de su protagonista.

Si ha llegado hasta aquí, alabada sea su paciencia! Y librela Dios de escribir buenos libros.

Le estrecha la mano y le felicita de veras su amigo affmo.

Eduardo Sáenz

La Nación, 9 de febrero de 1890, p. 1

Perdigones, Cándido. "Confidencias epistolares. Pro-forma"

Mi muy querido tío:

¡En qué situación me ha colocado su capricho de que le escriba en carta abierta! Imagínese V. que un buen señor, que se firma *Uno*, me escribe preguntándome, entre mucho circunloquio, quién soy yo y quién me autoriza a mí, que no he escrito nada que valga un cuarto, a decir las cosas que digo.

No me he dado cuenta exacta del sentimiento que ha guiado a *Uno* al escribirme, y así como descubro en algunos conceptos cierto rencor mal encubierto, me parece entrever en otros propósitos de venganza.

El tiempo resolverá estas mis actuales dudas; pero conste que será siempre usted el culpable de lo que acontezca, si algo acontece, que no acontecerá.

"El usar de un seudónimo, dice mi señor corresponsal, probaría que teme usted exponerse a lo que pudiera sobrevenirle."

Ahora caigo en la razón de los desmedidos elogios que se prodigan entre nosotros a todo el mundo, y contra los cuales protesté ante V. no hace mucho.

Si tan sólo porque clamaba yo por una justa censura literaria se me viene todo esto encima ¿qué habría sido de mí si yo en persona me hubiera atribuido el derecho de distribuirla?

Parece, pues, que es el temor a las represalias lo que ahuyenta los propósitos de crítica del espíritu de quienes podrían ejercerla con justísimo título; y si así es en efecto, permítame mi querido tío, que le declare que vivimos no solamente entre puros literatos, sino, lo que es igualmente grave, entre antropófagos.

Esto de que ha de ser permitido que se nos ateste de libros inútiles y no se ha de poder decir que son tales, sino a riesgo de sufrimientos morales y aún físicos, es una desigualdad irritante a la cual yo no me someto; no, mi señor tío, no me someto, y permítame usted también este rasgo de energía moral.

Así me concediera Dios los medios intelectuales de abrir tal campaña! Ya vería usted como todo puede decirse, bastando con oponer a las coces, razonamientos que son, en estas materias, de un efecto muchísimo más eficaz.

Pero yo no puedo hacerlo por un millón de razones, una sola de las cuales sería suficiente para probarlo, y por eso me he limitado a apuntar la necesidad urgente de que tengamos una crítica que peine un poco nuestra madeja literaria. Y aún esto mismo no lo habría dicho públicamente, sino fuera por V., que se empeña en que no volvamos a la [ten]denciosa intimidad de nuestra antigua correspondencia privada.

El señor que me escribe es, sin duda alguna, un dolorido que, previendo para el futuro algo relacionado con sus producciones, toma con tiempo el camino de la amenaza. Desgraciadamente para *Uno*, vamos mal por él, porque no se ha de pretender impedir que yo tenga con V. cuanta confianza me dé la gana.

Dicho lo cual y reconociendo toda la profunda y dolorosa verdad de aquello de que no he "escrito nada que valga un cuarto", si bien ha valido una amenaza, declaro no querer despojarme del seudónimo, porque no veo motivo para ello y porque estoy aquí solamente para escribir a mi buen tío y no para dar satisfacción ni a *Uno* ni a varios.

¡Ah, mi querido tío, si yo fuera crítico, esta sería mi última carta! Mañana, de fijo, me derrumbaría un *trancazo* de los de verdad.

¡Y vea V. qué fatalidad! Me preparaba a hablarle hoy con elogio de diversos temas, arrancando del último libro del Dr. Podestá, *Irresponsable*, y las cosas se disponen de tal manera, que aunque arrancado del mismo punto de partida, va a resultar que no será todo muy agradable.

Yo pensaba comenzar diciéndole que el libro del Dr. Podestá merece por todo concepto, menos por uno, el aplauso general que se le tributa, porque, en efecto, hay en él ese mordiente que imprime a sus obras el autor de valía que no llena cuartillas por el prurito de no verlas blancas, sino que persigue un fin y lo realiza.

El protagonista de ese tristísimo estudio —un infeliz degenerado— surge del libro del Dr. Podestá con un vigor de acentuación digno de entusiasta elogio, así como la mujer disecada en el sombrío anfiteatro —una especie de Carmen, como alguno ha observado muy bien, mezcla de ternuras y moldades refinadas— se destaca enérgicamente moldeada, como se destacaba en el anfiteatro su hermosísima cabeza muerta, sobre la revuelta almohada de sus cabellos negros.

Con la misma frescura de colorido de Cané en su *Juvenilia* y con más verdad que Cambaceres en *En la sangre*, donde la corriente aventura universitaria de una bolilla hurtada de la urna, sugiere a Genaro un mundo de reflexiones filosófico-sociales con ribetes de ridículas, el Dr. Podestá inicia su estudio pintando escenas de la vida estudiantil, y la realidad que de ellas brota y que gana al lector por este lado, acompaña al libro de uno a otro cabo, pareciendo que hasta las sensaciones olfativas intervienen en determinados pasajes para dar la impresión de la verdad más pura.

Asiste V. así al miserable rodar de un hombre vivo en un medio que palpita, y resulta entonces que va V. devorándose las páginas.

Le hago a V. gracia de mis opiniones particulares acerca de la índole del libro, por que iría muy lejos y basta a mi propósito actual hacer constar la aparición de una obra de verdadero y positivo mérito.

El aplauso ha sido unánime. Todos han querido tributar el suyo, y si algunos han dejado mal parado a Lombroso y su escuela, internándose en los

campos antropológicos, estos peligros se corren siempre. Recuerde, sino, las aventuras de Dante en las *Flores a Italia*.

Pero lo que me duele sobremanera es que habiendo en *Irresponsable* tanta razón para elogiar, se exageren sus méritos, y hasta se le inventen otros, como si no fueran suficientes los que en realidad tiene.

¿Por qué se ha de comparar, como se ha hecho, a *Irresponsable* con *Madame Bovary*? ¿No basta que el primero sea, sin disputa, un libro vigoroso, bien expuesto y mejor pensado? Debería bastar, sin embargo, y bastaría, si no fuera porque el oído está tan acostumbrado a oír rumor de aplausos, haya o no motivo, que es menester para impresionarlo disparar estampidos formidables.

Me explicaría que se hubiera dicho, por ejemplo, que hay en *Irresponsable* más de un rasgo cuyo poder de expresión recuerda las frases esculpidas de Flaubert.

Uno de esos rasgos, que tomo yo al azar, para obsequiárselo, sería, verbigracia, el que pinta a la querida del Hombre de los imanes con esta palabra: "...pasaba los días fuera de casa y volvía después, abatida, enfermiza, desgredada, con el fango hasta los ojos", a cuya lectura parece surgir la figura de Ema Bovary, de regreso de sus infames escapadas a Rouen.

Pero de esto a hacer comparaciones, vagas siquiera, entre una y otra obra, hay mucha distancia, y el salvarla tan fácilmente es malo.

Por este primer síntoma de recrudescencia de la enfermedad reinante, comencé a temer que fueran a decirle al Dr. Podestá cosas demasiado pesadas para sus hombros, tanto más cuanto que lo que observo y le apunto a usted, ha partido de un hombre de reconocido talento y de cultura literaria muy poco común.

No ha sido así, afortunadamente, para el Dr. Podestá, cuyo criterio perfectamente sereno habríase sentido molestado; pero ha brotado entre las líneas de otro juicio crítico de *Irresponsable*, y se ha repetido después, una observación que en mi humildísima opinión de sobrino de un tío, no debe pasar como cosa bien fundada y no debe pasar, porque, indirectamente, roza también un punto de nuestra vida literaria que es muy de tener en cuenta.

- - -

Hace un instante, le decía a Vd. que el libro del Dr. Podestá merece el aplauso que se le tributa por todo concepto, menos por uno.

Este uno se relaciona precisamente con la observación a que quiero referirme, y va a ver V. de qué manera.

Sostengo yo que *Irresponsable* adolece de un defecto, en mi entender, grave, y es la incorrección del lenguaje, y el juicio crítico a que aludo, proclama la galanura de ese mismo lenguaje y la limpidez de la frase. "Frases de acero, incrustadas en una plancha de oro pulimentado". Así se dice en el juicio.

Sin espulgar demasiado esta imagen representativa de una labor que no sospecharon jamás los talleres de Rosario Grande, es el caso que, en resumidas cuentas, se presenta al libro del Dr. Podestá como un modelo de lenguaje.

Nada más inexacto, y sorprende, en verdad, que quien tan meticoloso

se muestra en el examen del estilo de *su excelencia y su ilustrísima*, haciendo escrupulosas disecciones con ayuda de Baratt, y hasta sin ayuda alguna, halle tanto primor literario en *Irresponsable*.

Pero estas incongruencias no le importan a usted ni a mí tampoco, por lo cual no insistiremos en citas, pasando inmediatamente a lo principal, que consiste en afirmar que no es cierto, como se pretende, que el libro de que hablamos sea punto menos que un dechado de pureza.

Y que esto es lamentable casi no sería necesario decirlo, desde que comienzo por reconocer que la eficacia de la expresión es una de las características del estilo del Dr. Podestá. Piense Vd. cuanto ganaría esta facultad inestimable, con un poco de respeto por la gramática, porque es innegable que, como ha dicho Víctor Hugo en alguna parte, con errores de lenguaje no se traducirá jamás un pensamiento.

Esta sabia máxima, aplicada a *Irresponsable*, pone en peligro innumerables conceptos, y sucede que el espíritu, gratamente recreado con la lectura de las páginas de aquella obra, experimenta a lo mejor recias sacudidas.

Supóngase V. caminando tranquilamente por la acera, mirando a las estrellas, como el astrólogo de la fábula. Nada interrumpe la placidez de sus meditaciones. Pero el destino —o la municipalidad, para ser más lógicos— quiere que falta de repente una piedra bajo su planta de V., que va a hallar tierra firma a diez centímetros más abajo del nivel de la acera. Del talón al cerebro corre el sacudimiento por su cuerpo, y adiós estrellas.

Pues algo así sucede con *Irresponsable*. Va V. leyendo complacido, cuando de repente ¡zas! faltó la piedra, vale decir, saltó un gazapo y ahí viene V. [*]

En rigor, hacer cargos al autor de *Niños* exclusivamente por este defecto, cuando es compartido por la enorme mayoría de los que escriben, sería intolerablemente injusto: pero aprovechar la coyuntura para hablar del asunto generalizando un poco, debe ser permitido [*] lamentable e injustificablemente desdeñada en los días que corren.

Húyase del arcaísmo y de la construcción anticuada que no echarán raíces en este siglo; pero húyase al propio tiempo de la incorrección, tanto más censurable cuanto que es premeditada.

Cuidar la forma es religión en el literato; pero aquí pensamos de otro modo, y mientras permanecemos en éxtasis ante el estilo sin mancha de Flaubert o ante la encantadora fluidez de Pereda, y nos comunicamos impresiones unos a los otros con grandes aspavientos, escribimos todo lo peor que podemos.

Explíqueme usted esta incongruencia por el recto sendero.

La forma, mi querido tío, no es cosa banal; a ella deben la mitad de su gloria perdurable los monumentos literarios en cuya contemplación nos deleitamos, y ¡qué diablos! una urna griega ha inspirado una de las más preciadas galas de la poesía inglesa.

Y punto final.

De usted es la culpa si me extiendo en estas inconmensurables colum-

nas. Ahorrado de esta manera el franqueo, que sería onerosísimo en mi caso, me suelo a hablar sin reparar en que debí despedirme antes.

Su sobrino y amigo.

Cándido Perdignes.

La Nación, 25 de febrero de 1890, p. 1.

"*Irresponsable*"

Sr. D. Manuel T. Podestá

Estimado señor:

He leído su curioso libro *Irresponsable* en el ejemplar que ha tenido V. la fineza de ofrecerme.

¿Curioso? Sí, a designio le aplico este calificativo. No es un cuento, no es la reproducción o la pintura de la vida estudiantil del autor, no es un libro puramente descriptivo, aunque abundan en él las descripciones, ni es tampoco una obra de índole y de estructura esencialmente científica, si bien encierra mucha ciencia. Sin duda, es un trabajo literario y, en rigor, si fuera preciso clasificarlo, debería incluirse en el género novela.

Pero ¿qué importa la clasificación? Cualquiera que ella sea, el libro no será por eso menos interesante, ni menos singular.

El discernimiento en las obras de arte —romances, cuentos, dramas, comedia u otras— penetra y tiende a prevalecer cada día más.

El autor se propone un fin —diseñar los hábitos de una época, describir las costumbres de una clase o de una sociedad, presentar por medio de una serie de observaciones una serie de facetas de la vida, demostrar una verdad o un principio. Llegar a una conclusión, y los lectores indagan —a través de las páginas ora rutilantes y vigorosas, ora suaves y delicadas, ora vehementes y conmovedoras del libro— las intenciones del autor y si esas intenciones han sido cumplidas.

¿Qué intención se descubre en *Irresponsable*? Si no me engaño, en él se revela más de un propósito.

Desde luego V. ha querido crear un personaje y demostrar con su ejemplo cómo, entre los dos grandes elementos, la constitución orgánica y psíquica hereditariamente adquirida y el ambiente social y físico que determinan las resoluciones individuales, la actividad, la acción y la manera general de ser de un sujeto, el primero ejerce mayor influjo, predomina sobre el segundo. Mas sólo ha querido establecer el predominio de una tendencia acentuada, de un factor hereditario poderoso en las determinaciones del individuo; y, como consecuencia, la irresponsabilidad de éste por los actos cumplidos consciente e inconscientemente bajo el imperio de ese factor.

Ha querido también describir algunos lugares, referir diversas costumbres, poner de relieve y analizar diferentes aspectos de la vida y del movimiento de esta ciudad.

En mi sentir, el segundo fin primera sobre el primero; el primero no ha sido ideado sino para vincular las distintas piezas y hacer posible la ejecución

del segundo.

Una ligera ojeada de la obra nos hará percibir netamente sus propósitos.

El libro se abre con un interesante relato estudiantil. Se asiste complacido a esa resurrección de las bulliciosas escenas universitarias. Al final del capítulo unos cuantos trazos seguros y vigorosos, nos dibujan la silueta del protagonista, iba a decir del personaje único de la novela. Presenciamos su examen de física, admirablemente contado en poquísimas líneas, y lo vemos desaparecer rápidamente. Antes de encontrarlo otra vez debemos esperar bastante tiempo.

Sin embargo, la espera nos es resarcida con usura. La descripción animada, emocionante, llena de luz y de vida del antiguo anfiteatro; el retrato de D. Pancho, el guardián, de un relieve tan sorprendente, que uno se figura verlo moverse, y la bella descripción de un bello cadáver de mujer, nos hacen olvidar enteramente del singular personaje que hemos visto en la universidad.

De repente, cuando ya nadie piensa en él, se presenta en el anfiteatro. Va siguiendo el cadáver. La explicación de su presencia en ese sitio, nos hace vislumbrar la historia de un episodio romancesco. Apenas hemos acariciado esta perspectiva, el Hombre de los imanes y nosotros —quiero decir los lectores— somos conducidos al hospital. Aquí nueva espera. Es necesario conocer la casa, saber lo que ha sido y lo que es, percibir las miserias y los dolores que encierra, contemplar su aspecto sombrío e imponente, sobre todo en los días lúgubres del invierno, y asistir a las distintas faenas que con monótona regularidad se cumplen en ella.

El atractivo de las páginas sobre el hospital, sofoca nuestros impulsos de protestas por el retardo que sufrimos. Escuchamos al fin al *Hombre de los imanes*. La historia de la muerta descubre una parte de su propia historia y revela inequivocadamente el primero, o si se atiende a su importancia, el segundo, de los propósitos del libro, en el cual se insiste más de una vez. Conocida la brillante narración, el protagonista se nos escapa sin dejarnos el menor indicio, el menor rastro para seguirle en su camino.

Nos lleva V. después a la calle de la Florida, donde nos describe el lugar, los grupos de paseantes, los corrillos formados aquí y allá, el bullicio general, las mil escenas callejeras y los escaparates llenos de objetos de lujo; y luego de habernos hecho ver y oír todo minuciosamente, nos señala de pronto a su personaje. Lo seguimos hasta su vivienda. Lo observamos en su tugurio. Presenciamos el análisis detenido que hace de sí mismo, de sus sentimientos, de sus ideas, de su cultura, de su vida anterior, de sus relaciones y amistades perdidas, de su abandono, de su soledad y de su inercia, en medio de la asombrosa actividad general. Lo acompañamos durante su larga fantasía, palpamos sus desfallecimientos, sus esperanzas, sus recelos y sus proyectos de enmienda. Salimos con él a la calle y con él nos detenemos en el Retiro. Aquí le contemplamos nuevamente en éxtasis, entregado a sus ensueños, en viaje para el país de las quimeras. Cuando despierta ve desfilar una caravana de inmigrantes. El aspecto de esas gentes resueltas, que van en busca del trabajo

para llegar al bienestar y a la fortuna, lo vuelve a la realidad y lo hunde en reflexiones amargas.

Sus meditaciones lo conducen a sus antiguos amigos. Los pasa en revista, los examina separadamente y encuentra que todos han desaparecido para él, excepto uno a quien había injuriado en un instante de embriaguez. Se decide entonces a llamar a la puerta de su único amigo.

¿Qué va a hacer? Lo sabremos más tarde; entretanto, esperemos. A la casa del amigo no se nos ha conducido sin objeto. Es preciso conocer el mueblaje y el lujo que la adornan, la manera como se han formado y el gusto inestético y cursi —característico de buen número de casas de Buenos Aires— que ha presidido a su arreglo y distribución. Es preciso también leer algunas consideraciones sobre los cambios que ha sufrido esta sociedad y sobre la psicología de los viejos que siempre "sudan vanidad de su tiempo".

Enseguida recién aparece el amigo que, sin detenerse en ceremonias, aunque con la cordialidad del antiguo condiscípulo, somete a un prolijo análisis y da severos consejos al *Hombre de los imanes*, a fin de sacar partido en favor de ese infeliz "exhibiéndolo a sus propios ojos, en toda la desnudez monstruosa de la realidad".

Pero, en definitiva ¿qué quiere este personaje? ¡Quiere figurar en política! Por más grande que sea nuestra sorpresa esta es la pura verdad. Hay, empero, un inconveniente: el *Hombre de los imanes* tiene ideales puros, anhela la grandeza de la patria y condena los medios corrompidos y corruptores.

Su amigo ridiculiza sus ideales, le presenta la impura realidad, le enseña cómo se hace la política, cómo son los partidos, lo que persiguen y cómo proceden los políticos *prácticos* para asegurar el éxito; lo persuade, no sin vencer serias resistencias, de que debe abandonar sus creencias fantásticas, si desea hacer y lo enrola en su partido.

Desde que el *Hombre de los imanes* va a intervenir en política, se explica que vayamos al *comité* en una noche de gran asamblea. En él, mientras llega el protagonista, se nos muestra el local, se nos hacen conocer los distintos personajes de la casa y se nos informa perfectamente de lo que es un comité por dentro. Poco después de comenzada la sesión, en momentos en que el presidente se halla en lo mejor de su discurso, entra nuestro personaje, acompañado de su amigo, medio indeciso, medio vacilante aún y más inclinado a retirarse que a permanecer en el comité. Los *oradores* lo enardecen y lo entusiasman bien pronto; y, en el instante de salir a la calle, fuera de sí, toma una bandera y ocupa las primeras alas de la manifestación. Los vivas, los aplausos, la algazara, la música y el estampido de los bombos y cohetes, lo enajenan por completo. Se ha olvidado de sus compromisos, de su partido, de la gente en medio de la cual se encuentra, del objetivo que ésta persigue y de la abjuración de sus ideas. Cuando la manifestación se detiene en la casa del candidato y empiezan de nuevo los discursos, una fuerza irresistible lo impele a hablar; y habla en términos violentísimos en contra de sus correligionarios, en contra de los vicios y de la corrupción electoral y en contra de los candidatos,

a quienes arroja los epítetos más injuriosos.

Es fácil prever las consecuencias de este discurso. Una tempestad furiosa se desata sobre el *Hombre de los imanes*, de la que a duras penas consigue salvarlo su *amigo*. Pero no bien éste logra apaciguar los ánimos, desaparece para siempre; y aquel abandonado, cae en un horrible ataque epiléptico, y es llevado enseguida a la comisaría.

En la comisaría se nos invita a entrar, se nos enseña lo que pasa y los procedimientos que se observan en ella, y se nos muestran algunos criminales de profesión. De la comisaría, el *Hombre de los imanes* pasa al *depósito* de la misma; después es declarado loco y llevado al manicomio. Ha concluido su evolución y con ella el libro.

Ha cumplido V. uno de sus propósitos: el indicado en segundo término que, a mi juicio, es el capital. Las descripciones de lugares, costumbres, hábitos políticos, prácticas electorales, procedimientos en las comisarías, etc., etc., —cualquiera que sean las reservas que deben hacerse en cuanto a la corrección y a la pureza del lenguaje, no siempre tenidas en cuenta,— han sido ejecutadas vigorosamente y con una clara percepción de la realidad.

¿Ha realizado igualmente el primer fin? En mi sentir, no.

Se ha propuesto V. demostrarlo con el ejemplo del *Hombre de los imanes*, al cual parece que el ocio y el alcoholismo conducen al abandono, la degeneración, a la epilepsia y a la locura.

Desde luego este ejemplo prueba muy poco porque si el *Hombre de los imanes* es posible, o si es un personaje, ya que no real, literariamente verosímil, es un tipo único, singularísimo, una creación de la que sólo existe ese ejemplar.

En efecto, es un individuo complejo, altivo hasta la soberbia, digno, reflexivo, dotado de buenos sentimientos, candoroso en ciertos casos, enamorado del ideal optimista, en medio de su miseria y de su pobreza, sin odio a la sociedad, algo desequilibrado, medio neurótico, apático e inactivo, y con el germen del alcoholismo en la sangre.

He aquí los rasgos más pronunciados de su carácter, según resulta del libro.

Ciertamente, a medida que avanzábamos en la lectura, su fisonomía moral pareciera borrarse, perdía su claridad y sus puntos salientes y lo veíamos como en medio de una penumbra. No obstante, nos hemos formado cabal idea de su tipo.

Ha sufrido una caída en la edad de las pasiones impetuosas y de los deseos vehementes. El amor a una mujer perdida, incorregible, lo ha extraviado en su senda, lo ha hecho abandonar su carrera y romper con su familia y sus amigos.

Entre paréntesis, no pocos se hallan expuestos a iguales caídas en la época de las grandes tentaciones.

Pero el *Hombre de los imanes* no se ha olvidado de la moralidad ni de la virtud. Ha querido redimir a la mujer que amaba, volverla a la sociedad y a

la conducta recta, y en ello ha trabajado con abnegación, aunque infructuosamente. La mujer ha concluido en el suicidio y él ha buscado un refugio en la soledad y el aislamiento. Ha pasado así largos años, en la inacción, pobre y sin amparo. Jamás ha recurrido al vicio, ni al crimen, ni a expediente alguno más o menos vergonzoso, ni a la limosna siquiera.

¿De qué ha vivido? Es una pregunta cuya respuesta no fluye de las páginas del libro. Se sabe solamente que ha meditado sobre su caída, sus debilidades y sus faltas, que se ha examinado y se ha visto tal cual era, y que se ha reprochado su inactividad y su incuria. Puede agregarse que ha empleado parte de su tiempo en instruirse, pues sabía muy poco en el instante de retirarse de la universidad y más tarde se le atribuyen conocimientos variados.

Y bien, la conciencia de la fealdad interna y el dolor por las faltas cometidas puede ser y es ya un principio de regeneración. En el *Hombre de los imanes*, esa conciencia tan recta, unida a su altivez, a su orgullo, a sus sentimientos de dignidad y de hombría de bien, a la necesidad de vivir, y a las solitaciones imperiosas del hambre, han debido vencer sus propensiones al ocio y compelerlo al trabajo; y el trabajo, la más grande de las fuerzas moralizadoras, habría hecho lo demás.

Por qué no ha sucedido esto? ¿Es que la herencia alcohólica y la apatía ingénita habían negado en él la fuente de toda iniciativa?

—No.

El alcoholismo, —sobre todo el alcoholismo hereditario—, es indudablemente uno de los vicios más perniciosos y más temibles, degrada y envilece, destruye poco a poco el organismo, enerva las mejores aptitudes y conduce a la depravación, al suicidio, a la criminalidad y a la locura. Es un gran mal, cuyos estragos, en todas partes, comprueban las estadísticas y las observaciones directas de los sabios. No en vano constituye una de las preocupaciones constantes de los pensadores, de los filántropos y de los hombres de estado, que investigan con la mayor tenacidad los medios de combatirlo y de aminorar sus funestas consecuencias.

Empero, es necesario para eso que el vicio sea habitual, que el individuo que lo tenga sea un borracho consuetudinario o poco menos. De otro modo, si el sujeto sólo se embriaga accidentalmente, los efectos de su embriaguez no serán sensibles, pues quedarán neutralizados por la influencia de otros factores, o sólo lo serán al cabo de un larguísimo período de tiempo. Cada cual conoce un buen número de personas que se emborrachan a menudo, y conservan, sin embargo, aparentemente íntegras sus facultades mentales, y viven una vida regular, ordenada y laboriosa.

En el *Hombre de los imanes*, el alcoholismo no había ahogado ninguno de sus sentimientos, se mantenía latente, pues aquella carecía de recursos para alimentarlo; y además, en alguna ocasión, se ha mostrado ufano "por haber podido vencer las tendencias que lo arrastraban al vicio con esa seducción misteriosa que tantas veces le había acechado" (V, p. 173). Su neuro-astenia era producida principalmente por su nutrición incompleta, su inactividad y sus

prolongadas cavilaciones.

Sé bien que un carácter profundamente depravado, nativamente malo, no se reforma o se reforma rara vez, porque no se destruye en algunos años el resultado de una larga serie de generaciones.

Sé que la enmienda de los hombres instintivamente perversos, de los seres *deshumanizados*, es una aspiración filantrópica, que la realidad no confirma. Pero el protagonista de *Irresponsable* no formaba parte de este grupo: no era un criminal; existían en él elementos psíquicos de primer orden, capaces de servir de fundamento a su reforma.

¿Que el *Hombre de los imanes* tenía cualidades e instintos malos y el germen de pasiones perniciosas? Convengo en ello. Sin embargo, ¿qué hombre no encierra en sí las raíces de muchos sentimientos condenables?

La adulación, la envidia, la venganza, la codicia, la pereza, la vanidad, la hipocresía, la pasión del juego, la concupiscencia, la deslealtad, la ingratitud, la cólera, la sed de mando, etc., son sentimientos o cualidades que abundan demasiado y sería más fácil decir quién no los posee que señalar las personas dotadas de ellos.

Hasta las naturalezas escogidas esencialmente buenas —tan raras por desgracia— ocultan en su fondo vestigios impuros, detritus, sin duda, de las generaciones presentes.

La bondad de un sujeto es una expresión relativa, es la resultante del predominio de los sentimientos y de las aptitudes morales sobre las cualidades inferiores y las pasiones bajas.

Yo me explicaría que el *Hombre de los imanes*, en su situación, hubiera buscado una tarea liviana, un empleo, por ejemplo —los empleos son el refugio de muchos haraganes— que le permitiera salir del marasmo en que vivía y ganarse algunos recursos con que satisfacer su hambre, y, si se quiere, su sed de alcohol.

Me explicaría aún que, a pesar de su repugnancia al crimen, un buen día, hostigado por el hambre, robara. Habría sido la iniciación en una carrera no de las menos lucrativas. Poco a poco habría perdido su probidad y se habría convertido en un delincuente profesional. Habría llegado a ser un artista en el oficio de apoderarse de lo ajeno, un *pick-pocket* distinguido.

Es una solución posible, aunque no probable en un hombre de sus condiciones y de su sentido moral.

Lo que no me explico es que tal como era permaneciese en la inercia absoluta.

Tampoco me explico que, para salir de su inacción, se fijara en la política. Este cambio no ha sido preparado en el desarrollo anterior de la obra, ni se deduce lógica ni psicológicamente del estado y de los caracteres del sujeto.

Tan cierto es esto que, para introducirlo en la política, ha sido preciso incurrir en un pequeño anacronismo.

Efectivamente, cuando nos paseábamos en la calle de la Florida oímos hablar de la Patti y de algunos sucesos recientes. Con posterioridad a esa época

no ha habido ninguna lucha electoral, ni se ha proclamado ningún candidato. Sin embargo, *el Hombre de los imanes* va a proclamaciones.

Comprendería que este personaje hubiese pedido a su amigo que lo ayudara y le indicase los medios de obtener su reforma; pero no una entrada en la política. Aquel, dado el conocimiento de los hombres y de las cosas que se le presta, no podía ver en la política el camino de su enmienda.

Por otra parte, el amigo que deseaba sinceramente su corrección, debió contrariarle semejante propósito e indicarle una vía distinta. Empero, prefirió tratarlo como a un neófito, hacerlo renunciar a sus ideales y prepararlo para ingresar en su propio partido.

En el diálogo relativo a la política que mantienen ambos personajes, los papeles se invierten: el *Hombre de los imanes* es el moralista y su amigo el político *práctico*, que se conforma a las condiciones de su tiempo y sólo se preocupa del éxito como quiera que venga.

Ese amigo —un ejemplar bien conocido de una especie numerosa—, para quien la política, la profesión, todo, es negocio y se estima por las satisfacciones egoístas que proporciona —olvida su posición y la responsabilidad que ha contraído frente al *Hombre de los imanes*.

El estaba obligado a impedir que su protegido hablase; y, si no le fue posible, por cualquier motivo, no debió circunscribirse a evitar que los manifestantes lo ultimaran; debió oponerse a que fuera llevado a la comisaría y prestarle los auxilios que el estallido en su enfermedad reclamaba.

La lógica y la clemencia más elemental le imponían esta conducta.

Quizá el proceder de ese amigo no sea tan censurable, si, como creo, el discurso de su neófito ha sido supuesto únicamente para llegar a un desenlace y concluir la obra, después de pasar por la comisaría y el depósito.

He anotado las razones que he tenido para afirmar que el *Hombre de los imanes* es imposible o por lo menos un tipo único, cuyo ejemplo nada demuestra.

Si ahora añado que no hay entre las diversas partes del libro la cohesión requerida, a punto que parecen independientes entre sí, y no porciones de un todo, —habré completado las observaciones que deseaba someter a V.—

Esas observaciones no amenguan en manera alguna los méritos positivos y sobresalientes de la obra que le asignan un lugar distinguido en nuestra literatura y obligan a V. a continuar la tarea comenzada con tanta lucidez.

Aunque tarde, yo también quiero presentar a V. mis sinceras felicitaciones.

Tengo el gusto de saludarlo afectuosamente.

Febrero 19 de 1890

N. Piñero

La Nación, 8 de marzo de 1890, p. 1.

"Del autor de *Irresponsable*. Quién es el "hombre de los imanes". Dentro de un cerebro. Psicología experimental"

Señor doctor Norberto Piñero

Distinguido doctor:

No quería dejar pasar tanto tiempo sin contestar su carta, tal era mi intención, pero he debido postergarla a consecuencia de un ataque de gripe que me ha tenido postrado varios días.

Hoy mismo, a pesar de mis esfuerzos y de la resistencia con que trato de ahuyentar la debilidad y otras molestias que me han quedado, siento que la máquina no funciona bien y, sobre todo, el cerebro que debe estar como esos sujetos abandonados y que a pesar de ser lindos y útiles, necesitan unos cuantos plumerazos para volver a adquirir un aspecto encubierto por el polvo que se deposita lentamente por el descuido.

Tenemos un sistema muy cómodo de preparar las cosas: contamos siempre con una reserva de tiempo que guardamos muy ufanos para emplearla a nuestro antojo, pero viene uno de los tantos [*], la reserva se agota y todavía tenemos que pedir prestadas algunas horas a nuestras ocupaciones habituales para dar un balance decoroso con nuestros compromisos.

Tengo mucha complacencia de que así suceda respecto de esta contestación, que tanto esperaba dirigirle, pues ninguna tarea puedo emprender con más agrado.

[* Falta una línea en el original]

nuevamente a proporcionarle tema para su crítica pues cuento con que V. no se dará por satisfecho con la réplica, dados los principios que V. sienta y que, en las inteligencias cultivadas como la de V., constituyen cuerpo de doctrina, resultado del estudio de la observación y de la convicción personal que no se abandona así al primer choque.

Irresponsable, es una pobre producción levantada como entrada de andamios en cuatro plumazos y que ostenta como un edificio casi concluido, algunos penachos secos de "eucaliptus globulus" y gallardetes rotos en un techo agujereado.

Hubiera deseado tirarle todavía algunas palabras de argamasa para tapar las goteras, pero me andaban tironeando de la imprenta por las pruebas y originales, y me ha sido menester entregar mi trabajo mal concluido y expuesto a todos los vientos.

Se presta, pues, muy bien a la crítica y deja ver ciertos vacíos y boquerones que permiten pasar más que la mano y hasta podría agregarse que, sacándole algunas vigas maestras, se corre el riesgo de oír el ruido del derrumbe.

Pero V. y digo así porque uno su crítica benévola a la de otros, me han

ayudado para disimular los defectos y para hacerme salir airoso del mal paso.

Gracias, pues, distinguido doctor, y ahora permítame que defienda un poco al infeliz *Hombre de los imanes* de algunos cargos "abrumadores" para su pobre personalidad.

Empezaré por decirle que el señor *Hombre de los imanes* es un cerebro, nada más que un cerebro que obedece a la repercusión del movimiento que tiene lugar en la intimidad de sus agrupaciones moleculares; que la fuerza de este movimiento desequilibrado hace vibrar de distinta manera los resortes que en una organización correcta tendrían forzosamente que ser armónicos, y que la resultante de esas vibraciones, de esos choques, de esos cambios nutritivos, se traduce perfectamente por una sensibilidad trastornada, por una afectividad enfermiza y por una voluntad trunca, etc.

La ideación constituye a veces un circuito perfectamente homogéneo, marcha de acuerdo con la sensibilidad y los otros factores objetivos y subjetivos que la ponen en juego; pero, en un buen momento, un tropiezo inesperado rompe la armonía, el equilibrio, como V. quiera llamarle, y esto, no por un fenómeno psíquico, sino por una verdadera perturbación orgánica, por un grupo de células que no estaban advertidas o fisiológicamente preparadas para recibir la vibración, y entonces, el pensamiento que debía resultar como un conjunto naturalmente homogéneo, asoma por el cerebro como una línea quebrada en distintos puntos y las concepciones delirantes, las exaltaciones orladas con sombras de manía, el juicio equivocado y enfermizo, las tendencias bizarras y la falta de conciencia para poner el contrapeso en el platillo que se levanta, dejan inclinar demasiado el otro que arrastra en una caída, en un choque ruidoso cosas muy buenas entremezcladas con escorias.

El *Hombre de los imanes* se convierte así en un ser que "está al día, al minuto", al impulso de las impresiones que lo solicitan con más imperio y a las que se entrega fatalmente y con la ceguera inconsciente en muchos casos, cuando el sistema nervioso perturbado le engendra un medio orgánico del que no puede sustraerse.

¿Qué ha producido este conjunto que hace del hombre un ente original con el sello característico de una personalidad extraña?

¿La herencia, el ambiente, el ocio?

Estos factores contribuyen indudablemente a escalonarlo en una esfera de la que no puede descender sin caer en el tumbido final, pero no son el único instrumento individual, diremos así, que sirve para poner el sello a una personalidad.

El ambiente, por ejemplo, se lo crea él, es el resultado de sus gustos, de sus tendencias, de su alejamiento social, de su inercia, pues que él había nacido y se había desarrollado en uno mejor y más adecuado a sus antecedentes y a sus tradiciones de familia.

Pero el ambiente así, es el resultado lógico de su descenso, al que va impelido lentamente por su mala organización.

¿Cómo puede sustraerse a él?

Por el trabajo, por la actividad, por el mejoramiento de sus condiciones que deben impulsarlo necesariamente a una vida mejor?

Pero si esto no es posible desde el momento que sus propias acciones no reciben sino a medias la impulsión que debe expandirlas a una órbita de movimiento amplia, y en la que él mismo pueda encontrar dentro de sus propios recursos los elementos de actividad.

Por los rasgos que voy apuntando, pienso que surge más claro el tipo que me he propuesto esbozar. Volviendo ahora la espalda a sus antecedentes, a su educación primitiva, al medio en que pudo actuar en sus primeros años y precisamente al sello de origen, podemos encontrar la explicación del por qué, este hombre que no se define sino en las situaciones intermedias no tiene una culminante que lo caracterice más francamente.

Porque no es un malvado, un loco, un criminal, y en cambio tiene rasgos que reflejan la virtud, actos que pueden codearse sin rubor con las acciones más bellas, pensamientos que no desdeñaríamos ninguno de nosotros, arranques que podrían honrar la vida privada de cualquiera, y al lado de todo esto, defectos y lagunas que solo pueden llenarse con resaca.

Podría clasificarse entonces una organización moral y afectiva resultando un cerebro desequilibrado al que faltan componentes para caracterizar una individualidad social activa.

Le extraña a V., por ejemplo, que este hombre que se ve reducido a la última expresión de la miseria no se procure un empleo para aplacar un poco el hambre y la anemia.

¿Un empleo el *Hombre de los imanes*?

Pero eso estaría muy bueno para cualquier otro mortal que tuviese menos "soberbia" que él y en el que un acto cualquiera de la voluntad no importase en muchos casos un esfuerzo superior --pero para él, para él que estaba siempre en el optimismo de una posición social "holgada e independiente", en una continua laxitud nerviosa que no le permitía aplicar su actividad a un objeto determinado, era demasiado pretender exigirle que inclinase su espina dorsal para ocuparse de ganar el pan de cada día.

Y cómo podía tener soberbia un individuo que no entraba al movimiento social sino como un parásito, y que dadas sus condiciones debió tener más humildad que un cartujo! ... Ahí está precisamente la faz morbosa en ese engreimiento sin apoyo, sin fundamento real.

No podría negarse que su constitución moral fuese perfectamente adaptable en ciertos casos a un medio cualquiera para hacerla funcionar con regularidad y hacerla producir.

En este estado transitorio, era mejor indiscutiblemente, que muchos de los individuos a quienes apostrofaba en los eternos monólogos de sus lamentaciones.

Pero su organismo moral, factor de un conjunto tan extraño, no hubiera podido converger para formar una arista con su constitución psíquica llena de "jibosidades y flancos" vulnerables como la mesa revuelta de su masa cerebral.

Mi personaje lo sorprende y le parece una concepción, si no imposible, por lo menos única.

Es un ocioso para muchos, un haragán que bien podría tomar las riendas y gobernar su organismo como cualquier individuo subyugándolo al trabajo que ennoblece y levanta de la destrucción.

¿Qué trabajo?

Es claro, el que estuviese más en armonía con sus aptitudes y con su manera de ser y de sentir, ya que no ha estado en mis miras pretender que barra la calle o tome la azada para deshacer el terruño como quiere interpretarlo de los cabellos un crítico anónimo que me ha salido modestamente al paso.

Mi *Hombre de los imanes* no está comprendido en los que padecen de la haraganería que clasifica el diccionario; tiene una órbita fuera de la vulgaridad; no podría trabajar aunque lo intentase, porque la voluntad, la conciencia, la aspiración de mejorar, el amor al bienestar y a la fortuna, son en él ráfagas fugitivas que no dejan más huella que la que se puede imprimir con el dedo en una bola de nieve.

Y cuando aspira a la riqueza, cuando deseara tener ante sus ojos una pirámide de oro para saciar sus apetitos del momento, tal vez tuviese en sus labios la nota amarga del sarcasmo y diera un puntapié a su tesoro.

A un ser de esta índole, yo le llamaría una "secreción cerebral patológica" encuadrada en el marco estrecho de manifestaciones abigarradas pero reales.

Cuántas veces habría disertado V. sobre la importancia que tiene para la evolución psíquica y moral la conformación craneana de tal o cual individuo, aceptando sin vacilar las consecuencias y ulterioridades de esas organizaciones típicas de que hace tesoro la antropología moderna para tener el derecho de poner una mano sobre tal o cual artículo del código penal y decir: esto es simplemente un error que la ciencia moderna se encarga de corregir con sus experimentos, con sus estadísticas emanadas de la observación y del cómputo de hechos reales.

Y si se da hoy tanta importancia a una conformación craneana a o b, si se acepta la clasificación en armonía generalmente con las tendencias de los individuos, si se escudriña escrupulosamente el árbol genealógico de tal o cual delincuente como se hace en la clínica para formular el diagnóstico preciso, y si por último, se toma el cerebro, se lo pesa, se lo compara fiscalizando cada una de sus provincias, no ya con la curiosidad del anatómico, sino con la del psicólogo, del crítico, del sociólogo para resolver después de este estudio, de este examen comparativo, las aberraciones que han formado la entidad moral y psíquica del sujeto, y se me dice a renglón seguido: en aquel cerebro de suicida se han encontrado adherencias notables de las membranas cerebrales con la masa encefálica, —en este asesino, se han podido observar focos congestivos y principios de reblandecimiento prematuro en tal o cual sección cerebral— en ese alcoholista había una multitud de pequeños vasos degenerados y obstruidos; en aquel afásico, en fin, la tercera circunvolución cerebral del lado izquierdo

estaba comprimida por un derrame, por un tumor, por una degeneración cualquiera.

Esto, por lo que respecta a la anatomía patológica en sus relaciones con la antropología jurídica, que por lo que respecta a esta última, en sí misma va haciendo escuela buscando en los caracteres que se destacan de la organización física del sujeto para hacer caudal en provecho de sus teorías y de sus tendencias.

Un par de orejas en ansa, una mandíbula inferior cuadrada y gruesa, una nariz conformada de tal o cual modo, un índice cefálico que alcance a esta u otra cifra —el protagonismo, la escafocefalia, la frente infantil de los adultos, el diámetro bi-zigomático, la mano con caracteres simios y la innumerable serie de cifras, datos, estigmas, pliegu[i]es, desviaciones, diámetros, etc., etc., que pueden deducirse del examen prolijo del sujeto, no han dado origen al libro de mano cuya importancia somos los primeros en aplaudir y de cuyas deducciones procuran sacar ventaja todos los que interpretan a su justo valor estas anomalías o desviaciones del tipo físico bien conformado?

Estos por fuera, así en el *mundo* exterior de cada organismo, basta ya para dar un elemento de valor que pueda conformar las tendencias, los caracteres y hasta la responsabilidad del sujeto.

A estos factores de importancia reconocida por la ciencia, agreguemos la herencia y el medio en que se han desenvuelto, la educación que han tenido, los objetivos que han impulsado sus actos; etc. y tendremos que la teoría se apoya sobre fundamentos reales y puede constituir con razón un cuerpo de doctrinas que se imponga al magistrado que debe hacer cumplir el código que tiene bajo su tutela, que le haga abrir los ojos como para advertirlo que la responsabilidad y el libre albedrío no son cuestiones de metafísica sino de esencia experimental de otra índole y valor.

Si por una abstracción fácil de obtener suprimimos ahora la corteza de nuestro individuo y miramos dentro de su masa encefálica, tal vez encontremos esas adherencias en menor escala, esas congestiones rápidas pero frecuentes, esa serie infinita pero repetida de pequeños trastornos que a fuerza de presentarse constituyen un *modus vivendi*, imprimiendo al organismo un modalidad *sui generis* que coloca al hombre en una categoría especial, en una zona intermedia entre el criminal y el loco.

Si fuera a apoyarme en Lombroso, podría decirle simplemente esto: En tesis general, los hijos de padres alcoholistas son seres degenerados, constituyen una cadena que va desde el epiléptico al idiota: —el incendiario, el asesino, el estuprador, el ladrón, el maniático, están elaborados en esa esfera.

Mi *hombre de los imanes* ha surgido de ese caos luchando diariamente —equilibrado hoy, cuando los componentes de su cerebro respondían con la integridad de sus funciones; bueno, delicado, inteligente, generoso, siguiendo la corriente social sin [* faltan 6 líneas en el original] una colectividad, un gremio en el que puede ir entresacando y colocando como en un estuche una serie de gradaciones intermedias.

Si tuviéramos la facilidad y la ventaja de poder estudiar el cerebro en sus manifestaciones secretas, en su trabajo de elaboración vegetativa, podríamos espiar y apropiarnos una serie de fenómenos curiosos que forzosamente tienen que escapar al más prolijo análisis de la psicología experimental.

- - -

Tomo así al acaso de la criminología de Garófalo, un párrafo que puede conceptuarse toda una tesis: "las imágenes del mundo exterior producen en el loco y en el imbécil, impresiones exageradas; estas percepciones erróneas dan origen a un proceso psíquico que no está de acuerdo con la causa externa; de ahí la desproporción entre esta y la reacción del alienado".

Este parrafito me basta para poner punto final a mi pensamiento y librarlo ya de las molestias de una disertación fatigosa.

Las imágenes del mundo exterior dice Garófalo, producen en el loco y en el imbécil impresiones exageradas, es decir, el cerebro de estas dos entidades patológicas, no recibe la impresión que correspondería al hecho real. ¿Por qué?... porque la agrupación de sus células y la disposición de los distintos órganos que componen la masa encefálica, no está en aptitud de producir la reacción justamente equivalente a la impresión recibida.

Y las *imágenes* subjetivas, las del *mundo* íntimo, como saldrán de ese laboratorio cuyos utensilios no se prestan a ponderarlas en su justo valor.

Esta expresión de Garófalo, sintetizada así en pocos renglones, encierra la clave de una multitud de fenómenos que dan la medida de la capacidad *nerviosa* del sujeto, definiendo el índice moral que sirve para clasificar las distintas categorías de individuo que se apartan de la regla común.

El *hombre de los imanes* no puede existir ni estar subordinado a este vaivén continuo de impresiones equivocadas, precisamente, las que hacen de él una *personalidad* social típica a pesar de sus antecedentes y de las fuerzas que le arrastran a un mundo mejor, que el comprende e interpreta en todo su valor, pero que no puede alcanzar, porque le faltan los elementos que deben servirle indispensablemente a la realización de sus propósitos.

Sospecho que la psicología experimental tendrá que andar mucho tiempo pidiendo prestado sus abstracciones a la metafísica antes de entrar francamente en su propio laboratorio para constituir sus doctrinas depuradas de todo error tradicional o inducción especulativa.

La fisiología ha abierto ya grandes brechas en el misterio de la organización humana, la anatomía patológica y la patología experimental, van de coeficiente útil a estos propósitos. En el porvenir, los *hombres de los imanes*, no serán entidades curiosas ni imposibles, sino el fruto lógico de la materia puesta en juego con resortes equivocados o deficientes.

- - -

Las descripciones que acompañan a mi personaje, constituyen una tregua que he querido dar al lector mientras anudaba los hilos que debían servirnos de trama para hacer el fondo de la obra.

Estoy ahora con V. a ese respecto, le acepto y le agradezco sincera-

mente las observaciones que pone en relieve en su brillante crítica —las tomo, no como una opinión ilustrada, sino como una enseñanza útil que me libraré, si alguna vez vuelvo a escribir, de incurrir en los mismos errores.

Gracias nuevamente por su atenta comunicación y por el tiempo que he quitado a sus mejores ocupaciones. Lo saluda muy afectuosamente,

Marzo 4 1890

Manuel T. Podestá

La Nación, 16 de marzo de 1890, p. 1.

"Contra-réplica. El hombre de los imanes"

Sr. Dr. Manuel T. Podestá:

Prevé Vd. que no estaré conforme con su réplica y me brinda nuevo tema para la crítica. Yo también había previsto su disidencia con mi opinión sobre el *hombre de los imanes*, y había resuelto no mantener esa polémica respecto de nuestras disconformidades. A pesar de esto, sin hacer polémica, voy a contradecirlo un poco, rindiendo así el homenaje debido a su interesante contestación.

Aunque ha corregido en tanto a su personaje y me ha suministrado extensamente las razones de su manera de ser, no lo cambio, ni me explico su conducta (la de él) mejor que antes.

- - -

El hombre de los imanes es, según usted, un cerebro desequilibrado y sin gobierno; un ser enfermizo, dotado de una voluntad trunca y de una sensibilidad trastornada, que cede sin resistencia alguna al impulso de las impresiones más diferentes y contradictorias. Es una personalidad que sólo se define en las situaciones intermedias. Su ideación, su funcionamiento cerebral desordenado, inarmónico e inestable proceden de sus vicios hereditarios y de su mala organización, favorecida en su obra destructora, por el ambiente que en su descenso se crea el mismo individuo. La organización de su protagonista no era tan mala, era cuanto menos fuerte. Efectivamente, ha vivido durante muchos años en la mayor estrechez, en el desamparo, sometido a las necesidades más apremiantes y sin otros recursos que los indispensables para calmar o engañar un hambre apenas tres veces por semana (pág. 108).

¿Cómo ha podido subsistir así?

Si hubiera sido un individuo débil y enfermizo se habría muerto mil veces, en tanto tiempo, de consunción, de anemia, o a consecuencia de los desórdenes orgánicos ocasionados por sus perpetuos ayunos. Pero no ha sucedido semejante cosa; ha resistido fácilmente los dolorosos combates de la extrema miseria, que minaban y empobrecían sin cesar su organismo; y para resistir ha debido poseer una constitución originariamente vigorosa.

Aquí, tropezamos con una verdadera imposibilidad, con un punto inexplicable.

Si el *hombre de los imanes* hubiese tenido una organización, ya que no de una fuerza excepcional medianamente constituida para la resistencia, habría abandonado pronto su quietud y su inacción y habría desplegado una actividad correspondiente a su naturaleza. De manera que ni en el caso de haber poseído una contextura robusta, en su origen, se explica su permanencia durante tantos años en medio de la angustiosa situación en que vivía.

Los desórdenes funcionales, las vacilaciones, la inestabilidad, la falta de

dirección y de gobierno de su propia persona dimanaban, en aquel sujeto, más que de los vicios y las deficiencias hereditarias de su organización, cuyo influjo no conteso, de su desnutrición constante, del empobrecimiento de su sangre y de su cerebro, y del desgaste lento y seguro de sus diferentes resortes □a todo lo cual se hallaba condenado con manifiesta injusticia.

El ambiente que su personaje se había creado —de ninguna manera el medio social— carecía de valor; no era un elemento favorable, pero tampoco podía impedirle la reacción: importaba únicamente el aislamiento y la separación del círculo social en que había nacido y pasado su primera época. En su retiro, si no tenía ejemplos ni buenos ni malos, que imitar, en cambio, meditaba, formaba castillos aéreos, sentía toda la gravedad de su estado y el desarreglo de su conducta, porque conservaba su sentido moral, e ideaba planes y hacía proyectos de enmienda.

Sostengo, pues, siempre que tal como era y como queda aún, el *hombre de los imanes* ha debido salir de su inactividad, adoptar otro género de vida, dedicarse a algo, a un trabajo cualquiera, o emprender una tarea de distinta índole.

¿Dedicarse al trabajo?

Me responde Vd. que habría sido imposible; que un empleo estaría bien para otro mortal que no tuviera su *soberbia*; él no podría doblar su espina dorsal y rebajarse hasta ganar el pan de cada día.

Entre paréntesis, me he referido a un empleo incidentalmente, por vía de ejemplo, como a una ocupación fácil de llenar. No he dicho que precisamente esa y no otra debería ser la tarea que emprendiere.

Ahora, la soberbia no podía ser un obstáculo insalvable para que trabajara. La soberbia en él no era una cualidad firme, era una cualidad a la que llegaba por la exageración de su dignidad y de su altivez.

El trabajo no denigra ni deprime; no constituye una humillación, ni la constituía a juicio de su personaje. Al contrario, sabía bien y sentía hondamente que el trabajo regenera, eleva y es un medio de mantener la propia independencia y de no doblegarse ante nadie. Así lo ha declarado sin vacilaciones, cuando ha afirmado que "se puede ser hombre de bien y hombre de fortuna, se puede alcanzar la cima sin dislocar el espinazo, se puede comprimir puñados de dinero sin que la mano quede embadurnada, no hay que tener miedo del qué dirán por ser honesto..." (p. 132).

No creo que el *hombre de los imanes* no pudiera trabajar, aunque lo intentase, porque la voluntad, la constancia, la aspiración de mejorar, el amor al bienestar y a la fortuna, fuesen en él ráfagas fugitivas que no dejaban más huella que la que se puede imprimir con el dedo en una bola de nieve.

La belleza de la comparación no me persuade.

La honestidad, la virtud, el anhelo de perfeccionamiento, la generosidad, el amor y la fortuna y el bien, la conciencia de sus extravíos no eran en él ideas sin arraigo, simplemente teóricas, como lo son en los ladrones de ideas de honradez y de respeto a la propiedad ajena. En el hombre de los imanes

formaban sentimientos e instintos, y los formaba así mismo la fuente de sus "bellas acciones y de sus arranques capaces de honrar la vida privada de cualquiera" y los sentimientos y los instintos son los móviles más poderosos de la conducta, como lo ha demostrado estupendamente Spencer.

Además, su personaje se ha ensayado alguna vez en la lucha y ha mostrado que sabía perseguir sus propósitos con firmeza y decisión. Para rehabilitar y redimir a la mujer que amaba, "ha luchado con ella lo que nadie podría creer" (pág. 75).

Sin duda, para penetrar en el cerebro de nuestro individuo, percibir lo que pasa en él y darnos cuenta de su psicología, —hace V. una excursión a la antropología criminal y recuerda varios datos y algunos rasgos anatómicos atribuidos a los delincuentes por Marro, Lombroso y otros.

Soy el primero en reconocer la importancia de las investigaciones de esos sabios, los descubrimientos con que han enriquecido la ciencia y el gran valor de sus doctrinas; pero le observo que el señalamiento anatómico de los delincuentes es la parte menos comprobada y más discutida de sus teorías.

Aunque mucho se haya avanzado en ese sentido, no existe aún una anatomía del criminal. "Si hubiera sido posible establecerla, no habría ya lugar a discusión, no se dudaría ya de la realidad de ese tipo como no se duda de la del tipo malayo o mogol" (Garofalo).

En el reciente congreso de antropología criminal celebrado en París, los caracteres somáticos que Lombroso y otros asignan a los criminales han sido objeto de vivas controversias. Lacassagne, Tardi, Drill, Manouvrier, Benedikt, Dekteren, Pugliese, Brouardel, Moleschott, etc., han sostenido que no eran propios y peculiares de los delincuentes.

El valor de los rasgos y estigmas anatómicos es muy secundario, al lado de los caracteres psicológicos, para la determinación de los tipos y de las categorías de los criminales. En estos caracteres se fundan las clasificaciones más recomendables.

El crimen no puede existir sin la predisposición orgánica, fisiológica, sin la anomalía psíquica del agente, necesaria para cometerlo. Pero no basta, es menester que intervenga otro elemento: el medio social y físico. Así, el crimen resulta de la intervención del medio y del elemento vital. Ambos son indispensables. El uno sin el otro nada vale. El medio representa el papel más importante. Por eso la explicación del crimen es principalmente sociológica y secundariamente biológica.

Lacassagne ha sintetizado bien la solución en una fórmula que ha hecho camino y cuya exactitud se impone. "El medio social, ha dicho, es el caldo de cultura de la criminalidad; el microbio —es el criminal— un elemento que no tiene importancia sino cuando encuentra el caldo que le hace fomentar".

Detengámonos. No se trata de cuestiones de criminología.

La exploración a la antropología criminal de nada nos sirve ni a V. ni a mí, por una serie de razones: porque el *hombre de los imanes* no era un

delincuente, porque no conocemos sus caracteres somáticos y porque aunque los conociéramos, luego prescindimos de su envoltura externa, suprimimos su corteza y miramos u observamos su masa encefálica para ver las lesiones existentes en ella.

Debemos suponer mentalmente esas lesiones, pues si se hubiera podido examinar el cerebro, no habrían sido perceptibles a la simple vista; se habrían necesitado instrumentos poderosos, con los que quizá todavía no se cuenta, para descubrirlas.

La existencia de dichas lesiones, que no discuto, no prueban por qué su personaje debía permanecer inerte y agotarse en la inacción más completa.

Los hombres de la *zona media* de Maudelar, a los que corresponden las [*] de Lombroso, colocados entre la salud y la locura, en cuyo número se comprenden reformadores, hombres de pensamiento original, de iniciativa y de acción y degenerados inferiores, —han debido experimentar modificaciones materiales en el arreglo, disposición y estructura de sus moléculas cerebrales□ lo que no les ha impedido trabajar y desenvolverse en la medida de sus fuerzas y de sus aptitudes. Tampoco les han impedido igual cosas las aberraciones y extravagancias de su carácter.

Para juzgar al hombre de los imanes carecíamos de todos esos datos. Por eso debíamos atenernos a sus sentimientos y cualidades psíquicas, tales como se revelan en *Irresponsable*. Es lo que he hecho por mi parte.

Cita V. a Garófalo, según el cual las imágenes del mundo exterior producen en el loco y en el imbécil impresiones exageradas...

De acuerdo con V. y con Garófalo. Yo iría más lejos, generalizaría el principio y diría con un notable crítico contemporáneo: "Cada uno de nosotros percibe no el universo, sino *su* universo, no la realidad desnuda sino de esa realidad lo que su temperamento le permite apropiarse."

Sí, cada cual ve su universo, porque las impresiones que producen los fenómenos externos difieren de individuo a individuo. Las diferencias, muy poco sensibles, para ser apreciadas y tenidas en cuenta, en la generalidad de los hombres,— se agrandan y se exageran en las entidades colocadas fuera de la vulgaridad, del término medio, superiores, inferiores o simplemente diversas de los hombres comunes.

Una manera propia, original de ver el mundo y las sociedades, puede ser la fuente, el punto inicial de fecundas innovaciones en la ciencia, en el arte, en la industria o cualquiera de las manifestaciones de la vida.

El genio ve de un modo peculiar, exclusivamente suyo, distinto y mejor que el de los demás.

De ahí su originalidad.

Sin embargo, no estoy de acuerdo con la explicación que hace V. de aquella tesis.

El hombre de los imanes no era un loco ni un imbécil, era un desequilibrado y no me parece que las extrañas y equivocadas impresiones producidas

—a veces no siempre— en él por los fenómenos del mundo externo demuestren que el resultado lógico de sus múltiples factores sea la evolución que ha seguido.

Una última observación. No creo que la psicología experimental, si ha de merecer ese nombre, necesite pedir sus abstracciones a la metafísica. Seguramente hay muchísimo que indagar en ese terreno y en el de todas las disciplinas científicas. ¡Ignoramos demasiado!

La psicología experimental ha delimitado su dominio y avanza siempre por las vías que le han abierto los psicólogos ingleses, alemanes, franceses, italianos, etc. Deberá recurrir continuamente a la psiquiatría, a la fisiología y otras ciencias afines en demanda de *documentos humanos*, para establecer y precisar sus conclusiones, se encontrará a veces con problemas intrincados e insolubles, pero dejará de ser lo que es si abandona su método y sus procedimientos de investigación.

He concluido. No volveré a distraerlo con mis *ataques al hombre de los imanes*. Mañana habremos olvidado nuestras discrepancias; y, en cuanto a mí, sólo me quedará el recuerdo de los buenos momentos que me ha proporcionado su libro.

A mi vez debo agradecerle los obsequiosos conceptos de su carta.
Me complazco en saludarlo muy afectuosamente.

N. Piñero

Mayo 13 de 1890.

La Nación, 13 de julio de 1892, p. 3.

"Movimiento literario"

Entre las novedades literarias cuya próxima publicación se anuncia, señalaremos dos novelas del doctor Manuel T. Podestá, conocido ya en el mundo de nuestras letras por producciones de la misma índole. Una de ellas, titulada *Matucha*, es el estudio de la vida de una mujer que, después de pasar sus primeros años en la miseria, encerrada en un conventillo, penetra en un medio más elevado, donde, sin poderse librar de las leyes fatales de la herencia, sucumbe de un modo trágico.

La otra obra, *Alma de niña*, es un idilio de amor, sumamente dramático [...]

Anexo V

**RECOPIACION DE COMENTARIOS
PUBLICADOS ENTRE 1894 Y 1902
SOBRE LA OBRA DE FRANCISCO A. SICARDI**

En la transcripción se regularizó la ortografía de acuerdo con las normas vigentes. Los puntos suspensivos entre corchetes [...] indican la existencia en el original de un párrafo que no ha sido transcrito en esta versión y el asterisco entre corchetes [*], la omisión de una palabra y/o párrafo ilegible en el original.

Dado el grado de deterioro y consiguiente ilegibilidad de los periódicos del siglo pasado, se ha tratado de reconstruir el original a través de la consulta de las colecciones periódicas de la Hemeroteca Nacional, la Hemeroteca del Congreso de la Nación Argentina, la Hemeroteca del Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires y el Archivo del diario *La Nación*.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
DIRECCION DE BIBLIOTECAS